

MAMÁ MARGARITA

LA PRIMERA COOPERADORA SALESIANA

La vida de “mamá Margarita” la conocemos gracias al P. Juan –Bautista LEMOYNE, autor de documentos esenciales para la historia salesiana, las “Memorias biográficas”. Redactó una breve biografía de “Mamá Margarita” y la ofreció a D. Bosco, el 24 de junio de 1886, en su fiesta. Este acogió este regalo con mucha emoción. Le añadió algunas observaciones manuscritas, pero aprobó el conjunto de la obra.

Una mujer valiente y realista

Margarita OCCHIENA nació en el seno de una familia de campesinos de los alrededores de Asti, en el Piamonte. Una familia de nueve hijos.

En 1812, se casó con Francisco Bosco, viudo de un primer matrimonio y padre de un joven llamado Antonio. Tenía 24 años. De esta unión nacieron otros dos chicos: José y Juan. Dos años penas después del nacimiento de Juan, el papá murió repentinamente, víctima sin duda de una

congestión pulmonar. Se quedó viuda con tres hijos y una abuela enferma a su cargo. Su única manera de ganarse la vida: algunos terrenos y algún ganado que será preciso matar para subsistir.

Pues los tiempos son duros: Italia, al igual que los otros países, ha sido devastado por las guerras napoleónicas. El hombre se instala y los primeros años de Juan están marcados por la miseria y la carestía.

Margarita hace frente a todo con mucho valor. Cultiva las tierras, ayudado por Antonio, el hijo mayor. Pero, ¿podrá ella llevarlo a cabo? ¿No es mejor soñar en volverse a casa? " *Un campesino de la vecindad llegó para solicitarle a que rehiciera su vida. Un hombre serio, un rico partido o ventaja. Pero no quiere niños en su hogar.*

Para ellos, se podría encontrar un tutor. Margarita se niega en redondo "

Toda su solicitud se centró en sus hijos. Por ellos sacrifica su futuro personal.



" Dios me ha dado un marido, Dios me lo ha quitado. En su muerte, Francisco me confió estos tres hijos. Sería una madre cruel, si los abandonase cuando me necesitan. No

los abandonaré ni por todo el oro del mundo ".

La educación de sus tres chicos no está exenta de inquietudes. Antonio es de un carácter difícil. Se toma a pecho los intereses de la familia, pero quiere que todos participen en el trabajo de la granja. Cara a cara con Juan o en lo que respecta a él se muestra intransigente por el hecho de que tiene inclinación para el estudio.

Para Antonio, los estudios constituyen un lujo que no puede pagar la familia Bosco. Frecuentemente estallan las disputas y Juan, que no tiene su lengua en el bolsillo, es decir, que le canta las cuarenta, atiza maliciosamente el despecho de su hermano mayor. De mala gana, Margarita decide separarse de su más joven y enviarlo como granjero a casa de unos amigos.

Gesto de apaciguamiento frente al mayor, y también un gesto inspirado por una firme confianza en Dios. Margarita sabe que el futuro de su Juan no está en los Becchi. Más tarde, dará a Antonio la parte de la herencia que le pertenece y le ruega que se instale por su propia cuenta.

Una madre atenta

A pesar de las dificultades de todo orden,

Margarita da pruebas de una fuerza de carácter poco común.

Ella tiene el intenso deseo de educar a sus hijos en la confianza, incluso aunque el mayor le causara problemas. Sabe sacar sus lecciones con habilidad de los hechos ordinarios para que todos ellos ayudaran a la educación.

Testigo de esta anécdota.

" Un vecino ofreció a Juan un pequeño mirlo. ¡Cuántas visitas a la preciosa jaula!
¡Cuánta paciencia para enseñarle a silbar!
¡Este mirlo, una pasión!

Desgraciadamente , un gato llegó para rondar cerca. Y, una bella mañana, la jaula está abierta y los barrotes llenos de sangre. ¡Adiós al mirlo!

Margarita enjuga las lágrimas del pequeño, lo consuela y le promete otro mirlo.

No será lo mismo. No será el mío, solloza el niño inconsolable.

La madre lo toma aparte, con dulzura. Le separa las mechas morenas, acaricia su frente y deja caer estas palabras que continúan inolvidables :

- Juan: ¡Todo esto por un mirlo!!

¡Un mirlo, Juanito! "

Educadora de la Fe

La misma solicitud la guía en la educación de la fe. Margarita vive con el pensamiento permanente de la presencia de Dios.

Aprendió las cosas de Dios en los sermones dominicales, en el catecismo cuaresmal y, por la noche- en las largas veladas de invierno-, mediante las narraciones bíblicas que leía su padre Melchor en el grueso libro de cantos dorados.

Ella sabrá transmitir su fe a sus hijos. Les enseña a leer su belleza en la creación:

" ¡Qué cosas tan bellas, hijos míos, ha hecho el Buen Dios. Y lo ha hecho para nosotros. ¡Qué bello es el cielo! Lo ha hecho para nosotros. Es él quien ha puesto allá arriba las estrellas "

Les enseña a alabarlo por la mañana y por la noche. Da gracias al Señor por el pan que les da y por la comida de la tarde. Don Bosco, no duda en

afirmar que aprendió a orar en las rodillas de su madre. Y la lección se prolongó mucho más allá de su infancia. Cuando su hijo era ya sacerdote, le dijo un día: "*¡Vosotros los sacerdotes. Estudiáis mucho! Sabéis teología, pero la madre también sabe cosas. ¡Sabe que debéis rezar!*"

Esta fe debía sostenerla en las pruebas, en sus duelos sucesivos o sufrimientos, pero también frente a los azares de las cosechas, expuestas al mal tiempo.

"Un día, cuando el granizo de verano, cayó en la campiña, arrasó los trigales y devastó las viñas, los hijos se acurrucaban a su madre, asustados. Fue a los lugares. Algunas palabras solamente: "*El Señor nos la había dado. El Señor nos la quitado. ¡Bendito sea el nombre del Señor!*". En estos momentos, en los que Dios parece lejano y su protección señuelo, ella encuentra la oración del santo Job.

Una madre de sacerdote

¿Qué papel ha representado mamá Margarita en la vocación de su hijo?

Es difícil decirlo. Parece que ella queda

siempre en un papel discreto pero siempre atenta. Para pagar sus estudios en el colegio de Chieri y su pensión, Juan se ve obligado a trabajar. Pero su madre le ayuda. A menudo va al pueblo para llevarle productos de la pequeña granja que ella sigue explotando.

Siente la evolución de su hijo, pero respeta sus elecciones.

Al terminar sus estudios secundarios, Juan cree que ha llegado el momento de entrar en el noviciado de los Franciscanos. Es el párroco quien le dice a Margarita el proyecto de su hijo. Se da cuenta de que Juan no está llamado para ser monje... Le dijo a su madre que le hiciera ver a su hijo que si se hace sacerdote párroco puede aportarle mejor su ayuda cuando le llegue el momento por edad de retirarse a la pequeña granja.

- " Margarita, eres pobre! ¿Quién se cuidará de ti en tu vejez? Con un presbítero, te sentirás más segura. Con toda certeza, hay que lograr que tu hijo abandone ese proyecto. No está hecho para ser monje ".

Ella le da las gracias al párroco y le pide que reflexione. Al

día siguiente, va a Chieri. Va a encontrarse con su hijo.

- El señor párroco ha venido a verme. Me ha dicho que querías ser religioso. ¿Es verdad?

-Sí, mamá, si no pones dificultad.

- No, no la pondré. Pero es preciso reflexionar y examinar el paso importante que vas a dar... El señor párroco se figura que tu elección debe tener en cuenta mi porvenir, mi vejez. Yo tengo confianza en Dios. No deseo ni espero nada de ti. He nacido pobre, he vivido pobre y quiero morir pobre. Y en tu tumba:" Retén bien esto. Al hacerte sacerdote diocesano, si te conviertes en rico, haz de saberlo bien, no te verá más y no pondré mis pies en tu casa".

Con el consejo de Don Cafasso, su director espiritual, Juan renuncia a la vida religiosa y entra en el seminario de Chieri. Cuando la toma de sotana, su madre le coge aparte y le hace estas confidencias:



- " Mi querido Juan, ya estás revestido con la sotana. Adivinas mi alegría. Pero haz de saber bien: no es el hábito quien hace al monje, es la virtud. Si alguna vez dudas de tu vocación, te suplico que dejes la sotana y no las deshonres. Prefiero tener un hijo campesino que un hijo sacerdote que descuida sus deberes ".

Tendrá igualmente, en el momento de la ordenación,

palabras que nunca debía olvidar su hijo.

- *" Ya eres sacerdote, mi pequeño Juan. Estás cerca del Señor.*
- *Cada día, celebrarás la misa.*
- *Recuerda bien esto: comenzar a decir misa, es comenzar a sufrir. Oh, no te darás cuenta ahora en seguida. Pero más tarde, pensarás que tu madre te lo había dicho. Cada día, rezarás por mi. No te pido nada más. ¡Vamos!, no sueñes nada más ahora que en la salvación de las almas y no te preocupes de mí "*

Cooperadora...

Habrà un giro en la vida de Margarita, cuando su hijo se convierta en el intermediario de la llamada del Señor. De madre, se convertirá en discípula...

Don Bosco cayó enfermo de gravedad después de algunos años de ministerio y apostolado al lado de los jóvenes en Turín. Debió pasar varios meses de descanso y reposo. Fue a la vuelta de Don Bosco a Turín cuando hizo esta llamada "

- " *Mamá, lo sabes, me hace falta volver a Turín. Mis chicos me reclaman. En el Refugio (una pensión de chicas, sostenida por la marquesa de Barolo, de la que fue capellán) no tengo ya empleo, y me hace falta, en esta nueva casa, una persona de confianza. La " casa Pinardi " tiene mala reputación. ¿Quieres venir conmigo?*

Margarita escucha y reflexiona.

- " *Juan, lo sabes, lo ves. Cuenta conmigo. Es duro abandonar nuestra casa, tu hermano y a todos a los que amo.*
- *Pero si crees que Dios lo quiere así, puedes contar conmigo. Estoy lista para seguirte".*



Al día siguiente, tomaron juntos el camino a pie hasta que llegaron a Turín al caer de la tarde.

Era el 3 de noviembre de 1846. Don Bosco tenía treinta y un años, y ella cincuenta y ocho. Margarita llegará a ser el alma de la " casa Pinardi ", como costurera, cocinera, limpiadora, catequista, educadora. Será " mamá " Margarita, siempre presente, cariñosa, paciente y firme al mismo tiempo.

En noviembre de 1856, cayó enferma. Su estado empeora rápidamente y el 24 voló su alma a Dios.

Don Bosco sintió dolorosamente su muerte. Se fue a la "Consolata", Nuestra Señora de la Consolación, muy cerca de la casa. SE arrodilla delante del altar de la Virgen María. Allí, dejó que sus lágrimas corrieran por sus mejillas y oró con devoción.

- "Y ahora, mi buen Madre, yo y mis chicos estamos sin mamá. Tienes que ocupar su sitio. Una familia como la mía no puede vivir sin madre. Todos mis chicos te los confío a ti. Vela sus vidas y su alma. Ahora y por siempre".

SUPLEMENTOS DE MAMÁ MARGARITA

1)

El Rector Mayor pide al Papa la beatificación de la madre de Don Bosco, Mamá Margarita

Al encontrarse con él en la casa de vacaciones veraniegas

**ZENIT.ORG.
(ITALIA).**

ROMA

Al acoger a Benedicto XVI el pasado lunes 11 de julio en la casa de verano de Les Combes, en el Valle de



Aosta (Italia), el Rector Mayor de los Salesianos, don Pascual Chávez, le pidió acelerar la beatificación de la Madre de San Juan Bosco, Margarita Occhiena.

Don Pascual, que habló en privado con el Papa en la residencia en la que está pasando las vacaciones y es propiedad de los salesianos, le entregó documentos y una carta de todos los obispos salesianos del mundo en la que piden que se promulgue el decreto de heroicidad de las virtudes de *Mamá Margarita*.

La Familia Salesiana desea que Margarita Occhiena pueda ser declarada *Venerable*, y, por tanto, indicada como modelo de virtudes al pueblo de Dios, con ocasión del 150 aniversario de su muerte, según informa la Agencia de Noticias Salesiana ANS.

El Papa respondió que la santidad de esta mujer es tan

evidente que no tiene necesidad de todo el proceso, poniendo de manifiesto que sus virtudes son muy conocidas, añade este servicio de información.

“Estamos dando los pasos del procedimiento regular”, respondió don Pascual Chávez. La *Positio* fue entregada, en efecto, el día 25 de enero del 2000, mientras que el examen de los consultores históricos terminó, positivamente, el 3 de octubre del mismo año.

Benedicto XVI deseó que la beatificación pueda tener lugar en el año 2006, ocasión que el Rector Mayor ha considerado que es provincial, visto el tema del próximo *Aguinaldo* a la Familia Salesiana cuyo tema y consiguiente compromiso pastoral está centrado en la familia de la cual Mamá Margarita podría ser declarada modelo a imitar.

El Papa resaltó esta decisión con un “muy bien”

entusiasmado, revela ANS. El Rector Mayor al despedirse del Papa le solicitó una audiencia personal más amplia próximamente.

La madre de Don Bosco

Mararita Occhiena (1788-1856), nace el 1 de abril de 1788 en Capriglio (norte de Italia) y allí permaneció hasta casarse con Francisco Bosco. Tras la prematura muerte del marido, a los 29 años tuvo que encargarse sola de su familia en un momento de carestía, asistiendo a la madre de Francisco, así como al hijo de éste, Antonio, y educando a sus hijos José y Juan.

Cuando Juan fue ordenado sacerdote, dejó su casa, para acompañarle durante diez años en su misión entre los jóvenes pobres y abandonados de Turín.

“Sin saber escribir, pero llena de la sabiduría que viene de lo alto, ayudó a muchos

pobres muchachos de la calle, hijos de nadie. Puso a Dios antes que nada, entregándose por él en una vida de pobreza, oración y sacrificio”, constata una breve biografía.

Margarita Occhiena murió a los 68 años, en Turín. Le acompañaron al cementerio muchos muchachos que la llamaban *mamá*.

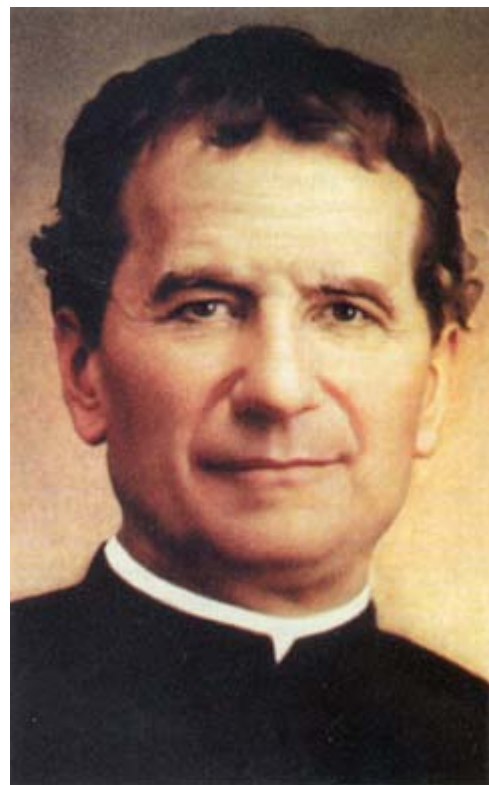
2)

San Juan Bosco

Apóstol de la juventud

"Figura sin par en los anales de la santidad en el siglo XIX, Don Bosco fue escritor, predicador y fundador de dos congregaciones religiosas, habiendo ejercido sobre todo un admirable apostolado con la juventud, en una época de grandes transformaciones. Dotado de los dones sobrenaturales de discernimiento de los espíritus, de profecía y de milagros, era admirado por los personajes más conocidos de la Europa en su tiempo."

Plinio María Solimeo



Nacido en Murialdo, aldea de Castelnuevo de Asti, en el Piamonte, a los dos años de edad falleció su padre, Francisco Bosco. Pero felizmente tenía como madre a Margarita Occhiena, figura que evoca la mujer fuerte del Antiguo Testamento. Con su piedad profunda, capacidad de trabajo y sentido de la organización, ella consiguió mantener la familia, en una época especialmente conturbada para Europa, dilacerada en aquel inicio del siglo XIX por las cruentas guerras napoleónicas. Juan Bosco tenía un hermano, dos años mayor que él, y un medio hermano ya entrado en la adolescencia.

Hogar pobre y religioso; una madre, ejemplo de virtudes

La influencia de la madre sobre el hijo menor fue altamente benéfica: *"Parece que la paciencia y la dulce firmeza de Mamá Margarita influyeron sobre San Juan Bosco,*

y que toda una parte de su amenidad, de sus métodos afables, debe de ser atribuida a los modos de su madre, a su manera de ordenar y de prescribir, sin gritos ni tumulto. (...) Margarita habrá sido una de esas grandes educadoras natas, que imponen su voluntad a la manera de dulce implacabilidad" (...).

"Juan Bosco es un entusiasta de la Virgen. Mamá Margarita le reveló, por su ejemplo, la bondad, la ternura, la solicitud de Mamá María. Las dos madres se confunden en su corazón. Don Bosco será uno de los grandes campeones de María, su edificador, su encargado de negocios"¹.

Talentos naturales y discernimiento de los espíritus

La Providencia le hablaba, como a San José, en sueños. A los nueve años tuvo el primer sueño profético, en el cual – bajo la figura de un grupo de animales feroces que por su acción se van transformando en corderos y pastores– le fue mostrada su vocación de trabajar con la juventud abandonada y fundar una sociedad religiosa para cuidar de ella.

Extremadamente dotado, tanto intelectual como físicamente, era un líder nato. Por eso, *"si bien que pequeño de estatura, tenía fuerza y coraje para producir miedo en compañeros de mi edad; de tal forma que, cuando había peleas, disputas, discusiones de cualquier género, era yo el árbitro de los contendores, y todos aceptaban de buen grado la sentencia que yo diese"²*, dirá él en su autobiografía. Observador como era, aprendía los trucos de los saltimbanquis y de los prestidigitadores, para atraer a

compañeros a sus juegos y prédicas, pues desde los siete años ya era un apóstol entre ellos.

Poseía un vivo discernimiento de los espíritus, como él mismo lo afirmó: "*Aún muy pequeño, ya estudiaba el carácter de mis compañeros. Los miraba al rostro y ordinariamente descubría los propósitos que llevaban en el corazón*"³. Este precioso don después lo ayudaría mucho en el apostolado con la juventud.

Huérfano de padre, muy pobre para estudiar para el sacerdocio como pretendía, y teniendo sobre todo la incomprensión del medio-hermano, que lo quería en el campo, a los 12 años su madre le puso sobre los hombros un morral con algunas pertenencias y lo mandó a buscar trabajo en las haciendas vecinas. Así el adolescente deambuló por la región, sirviendo de mozo en un café, de aprendiz de sastre, de zapatero, de carpintero, de herrero, de preceptor, todo con un empeño eximio que lo llevará después a enseñar esos oficios a sus *birichini*⁴ en las escuelas profesionales que fundará.



Inteligencia y aprendizaje de la caridad

Con una memoria prodigiosa, siempre fue de los primeros de la clase hasta llegar al sacerdocio.

Recién ordenado, Don Bosco encontró un guía seguro en su confesor, San José Cafasso. Para iniciarlo en el apostolado con los desdichados, éste lo llevó a las prisiones donde *"pronto aprendió*

Mamá Margarita, madre de San Juan Bosco *a conocer cuán grande es la malicia y la miseria de los hombres, pero también cuántos tesoros Dios encerró en los corazones y cuántas maravillas puede operar la gracia cuando la segunda la colaboración de la voluntad humana"*⁵.

Después de las cárceles, los hospitales fueron los lugares donde pudo constatar que *"gran parte de las enfermedades eran debidas al vicio o a la falta de control sobre sí mismos y de higiene material y moral"*⁶. Iba principalmente a la *Piccola Casa della Divina Provvidenza*, tal vez el mayor hospital del mundo en la época, fundado y dirigido por San José Benito Cottolengo. ¡Qué época feliz, tan diferente de la nuestra, en que en una misma ciudad conviven y colaboran tres grandes santos!

Turín, como capital del Reino de Piamonte, comenzaba a conocer la industrialización. Y con eso a atraer, como aún hoy sucede en toda gran ciudad, a personas de las más

variadas procedencias en búsqueda de trabajo. Y los jóvenes venían por centenas. Sin familia, entregados a sí mismos, sin ningún guía moral, se perdían en el vicio y en el juego.

3)

Margarita Occhiena

Madre de San Juan Bosco y SEGUNDA DAMA SALESIANA, abre la historia de la Familia Salesiana, al nacer en un pueblecito italiano, el 1 de abril de 1788. Muere el 25 de noviembre de 1856, a los 68 años.



Un día cualquiera, cuando en los últimos años de su vida, Margarita, trabajaba junto a Juan Bosco en la fundación de la primera obra salesiana, todo era aun un sueño. Ante un gran cansancio le dijo a su hijo... Estoy cansada, trabajo de la mañana a la noche, soy una pobre vieja, y esos muchachos lo destrozan todo. No puedo más. Don Bosco no dijo nada, se limito a señalar la cruz que colgaba en la pared.

Margarita enseguida comprendió,

siguió cosiendo las medias agujereadas y las camisas rotas. Así pasó sus últimos años, ayudando a su hijo Juanito y haciendo las veces de madre, de aquellos muchachos alborotados y maleducados, solamente sacando fuerzas de la cruz de Cristo y convirtiéndose desde entonces en "Mamá Margarita".

Se casó con Francisco Bosco con quien tuvo dos hijos: Juan y José, que se sumaron a Antonio, el que traía Francisco de su matrimonio anterior, del cual era viudo.

Margarita quedó sola al frente de su hogar, sin recursos económicos y con tres hijos que criar a los 29 años de edad.

El 8 de septiembre de 1994, Don Egidio Viganó, Rector Mayor, haciéndose eco de la Familia Salesiana, envió al Cardenal Saldarini, arzobispo de Turín, la petición oficial de incoar su causa de beatificación y canonización

4) Margarita Occhiena



Margarita Occhiena nace el 10 de abril de 1788, en Capriglio (Asti, Italia), el mismo día fue bautizada en la iglesia parroquial. Permanece en el pueblo hasta su matrimonio con Francisco Bosco. Después se traslada a I Becchi.

Tras la repentina muerte del marido, con 29 años, Margarita se encuentra sola para afrontar la conducción de la familia en momentos de gran carestía, asistir a la madre de Francisco y a su hijastro Antonio. También debe educar a sus dos hijos, José y Juan.

Mujer fuerte, con ideas claras, decidida en las elecciones, con un régimen de vida sobrio, seria, aunque dulce y razonable en la educación cristiana de los hijos. Educa a 3 muchachos de temperamento muy diverso pero no iguala ni mortifica a ninguno.

Obligada a tener que hacer elecciones a veces dramáticas (como alejar de su casa al hijo menor para no romper la paz y hacerlo estudiar), asume con fe, sabiduría y fortaleza de ánimo las inclinaciones de los hijos ayudándoles a crecer en la generosidad y el arrojo.

Acompaña con particular amor a Juan hasta el sacerdocio, y después, a los 58 años, dejando la querida casita del Colle, le sigue en su misión con los jóvenes pobres y abandonados

de Turín (1846).

Aquí, durante 10 años, su vida se confunde con la del hijo y con los inicios de la Obra salesiana: es la primera y principal Cooperadora de Don Bosco. Con bondad efectiva llega a ser el elemento materno del Sistema Preventivo.

Es, sin saberlo, "cofundadora" de la Familia Salesiana que crea santos como Domingo Savio y Don Miguel Rúa.

Analfabeta pero llena de aquella sabiduría que viene de lo alto ha sido la ayuda de tantos chicos pobres de la calle, hijos de nadie. Puso a Dios antes que todo, consumiéndose para Él en una vida de pobreza, oración y sacrificio.

Muere a los 68 años, en Turín, el 26 de noviembre. La acompañan al cementerio muchos chicos que la lloran como "madre".

5)

El Aguinaldo 2006 profundiza en su figura

Comienzan los actos de celebración del 150 aniversario de la muerte de Mamá Margarita, madre de don Bosco

El 25 de noviembre de 1856 concluía su existencia terrena Mamá Margarita, la madre de don Bosco.

A 150 años de distancia, la Familia Salesiana quiere recordar su figura y su mensaje. El

próximo Aguinaldo para el 2006 del Rector Mayor, don Pascual Chávez, recoge la idea de este aniversario e invitando a profundizar en la figura de Mamá Margarita, relanza la atención pastoral sobre la familia.

La comunidad salesiana del Colle Don Bosco y el pueblo natal de Mamá Margarita, Capriglio, han puesto en marcha una serie de celebraciones y de actos conmemorativos.

El domingo, día 27 de noviembre, se celebrará en la Iglesia Parroquial de Capriglio una conmemoración. Durante el curso de la ceremonia y ante la presencia de las autoridades locales, de la comunidad salesiana del Colle Don Bosco y de don Vittorio Croce, vicario de la diócesis de Asti, se presentarán las iniciativas que están previstas para el año 2006.

El 1 de abril, aniversario del nacimiento de Margarita, ante la presencia del obispo de Asti y de las autoridades civiles, se dedicará a Mamá Margarita la plaza central de Capriglio. El domingo día 28 de mayo, se celebrará en el Colle Don Bosco un acto oficial conmemorativo al que está previsto que asista gran número de familias. El día 15 agosto, solemnidad de la Asunción, el ayuntamiento de Capriglio entregará la ciudadanía honoraria a don Chávez, sucesor de don Bosco. Durante el curso de acontecimiento se

recordará a otros dos personajes del pueblo, don Mario Cáustico, martirizado por los nazis el 30 de abril de 1945 y sor Vera Occhiena, FMA, misionera, asesinada en Mozambique.

Las celebraciones del acontecimiento concluirán solemnemente el 25 de noviembre de 2006.

El objetivo de todos estos acontecimientos es transmitir a la Familia Salesiana, a las madres, las familias y a todos aquellos que trabajan por el bien de la juventud el mensaje contenido en la experiencia de Mamá Margarita: Educadora ejemplar, protagonista de una espiritualidad familiar accesible a todos, colaboradora atenta junto a don Bosco para realizar la misión, recibida en el sueño, en favor de la juventud.

La realidad eclesial y salesiana de Capriglio se está preparando, con un museo y estructuras de acogida, para atender a los peregrinos que quieren visitar los lugares en los que vivió Mamá Margarita y de donde son las raíces del carisma y de la espiritualidad de don Bosco.

6)

Mamá Margarita

La mamá de San Juan Bosco fue verdaderamente maravillosa. Se llamaba Margarita Occhiena, y era natural de Capriglio. El padre de Juan Bosco se llamaba Francisco. Eran campesinos que se ganaban honradamente el pan de cada día, con el trabajo y el ahorro.

Juan Bosco vio la luz por primera vez el 16 de agosto de 1815 en I Becchi - Piamonte (Italia).

El primer recuerdo de Juan es la muerte de su padre. Francisco Bosco Había comprado una casita y un pedazo de terreno. Mas, para atender a las cinco bocas de casa, prestaba servicios de criado en casa de un vecino.

Una tarde del mes de mayo, a la vuelta del trabajo, le sobrevino una violenta fiebre, probablemente una pulmonía. Murió a los cuatro días. Tenía treinta y tres años.

7)

Su madre, Mamá Margarita, era analfabeta y enseñaba a sus hijos señalándoles de día el prado cubierto de flores; la grandeza de las obras de Dios y su presencia estaban presentes; "*Dios te ve*" les solía repetir. Ella los educaba en el trabajo, como en todas las familias sencillas, y

cada uno debía hacer aquello que podía; Juanito deshilachaba las varas de cáñamo, desgranaba mazorcas de maíz, limpiaba la casa, sacaba a pastar las vacas.

Juanito Bosco era un niño alegre, despierto, vivaracho... y también con sus caprichos. Un día llegaron a casa José y Juanito medio muertos de sed. Sacó un jarro de agua la mamá y se la ofreció primero a José. Juanito, que era puntilloso, no admitió aquella especie de preferencia. Cuando su madre le acercó el agua, hizo él un mohín de que no la quería. Mamá Margarita, sin decir palabra, se llevó el jarro y lo dejó en su sitio. Se quedó Juanito un momento en silencio, y al final dijo:

- ¡Mamá!
- ¿Qué?
- ¿Me da agua a mí también?
- Creía que no tenías sed.
- ¡Perdón, mamá!
- Así está bien.

Y sonriendo se la dio.

En otra ocasión derramó un tarro de aceite mientras su madre estaba de compras en el pueblo; al ver que no podía remediar la mancha y el olor se dio cuenta de lo que había hecho; él mismo preparó la vara para el castigo. Su madre

al ver cómo había reconocido su culpa le perdonó.

**MADRE DE
DON BOSCO**

Felipe Santos

Málaga-diciembre-2005

www.pastoralxjuvenil.org/article.php?sid=259

HISTORIA DE UNA MADRE

**Padre Humberto Pasquale SDB
Edición del Instituto Salesiano
Mogofores
1945**

A nuestra llamada

¡Cooperadoras de los cincuenta años de

trabajo salesiano en tierras de Portugal!

Auxiliares beneméritas de las Casas de:

**Braga
Viana do Castelo
Poiães da Régua
Vila do Conde
Pôrto
Mogofores
Semide
Lisboa-Estorial
Évora
Angra-Cabo Verde
Mocambique
India
Macau**

¡Cooperadoras, que vivís en la Patria de los justos, donde la caridad es premiada!...

Cooperadoras, que trabajan a nuestro lado, generosamente, para la recristianización, la formación y la salvación de la juventud...

A todas, desde las que ponen sumas abultadas en nuestras manos, para transformarlas en pan para nuestros desamparados y pobrecillos, desde la más humilde que, cariñosa, dio y da su trabajo de propaganda, porque nada

posee, hasta aquella que nos acompaña en la gran labor, con simpatía y oraciones....¡Para todas, es nuestra llamada!

Sabemos que estáis presentes, hasta lo sentimos. Presentes con vuestro nombre, escrito en las páginas íntimas de nuestras crónicas, en la crónica de cada Casa y que, de generación en generación, pasa por las manos de los Hijos de Don Bosco, para deciros lo bien que los queréis, el bien que les hacéis.

Presentes en el alma de cada uno de los Salesianos y de muchos jovencitos y hombres, que sintieran la suave caricia de vuestra caridad, que os deben su rehabilitación, su posición social y cuanto poseen.

Ninguno os olvida. Todos os bendicen, tanto a ustedes como a sus obras.

¡Presentes! ¡Presentes! ¡Presentes!

Las madres acuden cuando los hijos lloran.

Acuden los generosos cuando el huérfano llama.

...acuden también cuando la familia está

de fiesta.

**¡Fiesta de nuestro cincuentenario,
cincuentenario de una Obra que es
vuestra!**

**No podéis faltar en esta fecha
faustosísima:**

**-Para ver el bien que habéis hecho en
estos diez lustros...**

**-Para sentir lo mucho que os quieren,
que os desean los Salesianos...**

**Sentiréis, más que nunca, el fervor de
nuestras preces por vosotros...**

**Por las que viven y por las que Dios
llamó a la eternidad.**

¡Ninguna quedará olvidada!

**Y para que quede recuerdo de este
homenaje de agradecida veneración que
os tenemos, queremos dedicaros el
presente volumen.**

**Es la biografía de la Madre de Don
Bosco, la primera Cooperadora de la
Obra Salesiana, la primera Madre de los
niños de nuestro querido Santo.**

Queda muy bien el nombre de esta mujer junto al vuestro y el vuestro ligado al de ella. Para imitar sus obras y las vuestras, encerradas en el catálogo elocuente de las Casas Salesianas, y para decir a todos, los milagros de tanta caridad y la bondad de vuestro corazón.

Un ramillete de nombres, rico y venerado, que será conservado entre nosotros y que los hijos de nuestros hijos bendecirán.

No hay obra, fundada por un hombre, que no haya tenido a su lado, acompañándolo, un corazón de mujer.

Y ni en las obras y ni en los hombres se olvidan de estas beneméritas.

No os olvida en el Cielo la Virgen Auxiliadora, que inspira todo lo que se hace entre nosotros, no os olvida nuestro Padre, el Santo de gratitud delicada y vivísima.

Este humilde trabajo lleve a todas, a cada una de vosotras, conocidas o no, pero siempre estimadas, el homenaje sincero de todos estos sentimientos.

**Mogofores, 31 de enero de 1945
Fiesta de San Juan Bosco**

**Salesianus.
(Seudónimo del P. Pasquale).**

Aurora de una gran alma

Junto a una cuna

Una cuna de nuevo se anima y un ser pequeñino llora. Los padres, los hermanos, los vecinos, todos quieren ver, quieren mecer este ángel aparecido, frágil y rosadillo, que mal se mueve en la blancura de las ropas. El tierno botoncito es el tercero de los cinco hijos con que la Providencia quiso regalar a la virtuosa familia, una vez más de fiesta.

Llevada a la pila bautismal el mismo día que nació, se le puso el nombre de Margarita. Hasta el nombre anunciaba que la niña debía ser una flor.

Etimológicamente la palabra significa: Regalo del Cielo. Todo hijo es un regalo del Cielo y como regalo lo reciben en los buenos hogares donde la moral y la religión son vigorosos y la pequeña de estos modestos labradores fue un presente precioso y bien estimado. ¡Qué lástima cuando esto no sucede!

Mas que las caricias, más que los bienes

de fortuna, acarician la cuna las virtudes acrisoladas de los padres, cuya bondad era proverbial entre sus vecinos y hasta en los alrededores. La virtud, por sí misma, se impone e irradia.

Fue el día primero de abril de 1788, que Margarita sonrió por primera vez a los suyos y a la vida. Poco sabemos de su infancia, pero podemos conjeturarla por los frutos que ella dio, en su vida, en su edad juvenil y en su ancianidad.

Por los frutos del otoño se mide la florecencia primaveral y entonces el hombre recoge lo que sembró.

La primera lección

“Piedad y trabajo” forman el camino por el que los padres llevan a sus hijos. Piedad y trabajo, dos palabras, que bien conjugadas, orientan una vida.

Otras dos palabras que marcan los términos de la vida: Dios y el deber, los enemigos del vicio y del egoísmo, y que abarcan el bien de todos los hombres. Del alma y del cuerpo, sin contraposiciones ni sobreposiciones; el alma a mandar, el cuerpo a obedecer y Dios para iluminar todo.

Es la realización de una sólida pedagogía, de la verdadera pedagogía.

Margarita saldrá siempre victoriosa, gracias a este ejercicio con que la sabiduría de sus padres la orientaron en la vida. Conciencia recta, franca en el hablar, decidida en sus actos, y en todo muy ágil y desenvuelta.

En estas frases se resume el poema de su mocedad y el panegírico más bello que se puede hacer de una jovencita cristiana. A su firmeza a defenderse de cualquier trampa mora, se une el guiarse por la rectitud que no le consiente nada que contraste con la voluntad de Dios, cuyo nombre ha aprendido a respetar, a invocar y a amar, por eso su ser tan desenvuelto nos revela su inteligencia y el tino de su rara actividad. ¡La mujer de las Escrituras está reproducida en ella con fidelidad!

Cuadros vivos

En los días de fiesta, las amigas iban a buscarla. Les parecía muy justo una hora de holganza después de una semana de trabajo. Los campos floridos y las verdes colinas parecían sonreír e invitaban a

pasear.

-Pero, ¿y mis padres? –respondía Margarita- y además, miren, yo ya di mi paseo. Fui esta mañana a la iglesia... el camino es tan fatigante que no tengo voluntad ni fuerzas para volver a salir.

La disculpa tiene la eficacia y el valor de la lógica y convence sin ofender, al mismo tiempo que la liberaba de las compañías livianas y perjudiciales.

El lector no se admire de esta actitud. Quien bien conoce el peligro moral escondido en estos grupos de jovencitas holgazanas, vagando por los caminos, alejados de sus casas, no se puede sino admirarla y alabarla.

Podían insistir y tentarla cuanto quisieran, pero ella se mantenía firme, inquebrantable.

¿Y cuando había bailes en esta o aquella parte? Entonces las amigas la martirizaban...

-Vamos, Margarita, ven con nosotros – le decían algunas.

-Viene gente de todas partes y el triste que no vayamos. Nos avisaron que hay música de primera –insistían otras.

El miraba sus ropas livianas, esbozaba un aire de censura y aseguraba que no saldría de casa. Ante las insistencias de las más obstinadas, les lanzaba una mirada seria y resuelta y, después, la frase que les enfriaba todo efervescencia: “Quien quiere jugar con el demonio...” y no admitía réplicas.

De hecho, tenía razón. Nunca se podrá sobrestimar suficiente el prejuicio moral de esas danzas nocturnas que excitaban a los asistentes. Lo más triste es que la mayoría no se dan cuenta de esas faltas, que manchan y humillan el espíritu.

Para evitar que le salpicasen su alma purísima y su honra, Margarita nunca cedió a tales seducciones. Mayor cautela y prudencia usaba en las relaciones con personas de otro sexo.

Unos jovencitos de la región, acostumbraban a esperarla los domingos, al verla salir para la iglesia. Ella se incomodaba con esto, sobre todo porque tenía que salir sola, pues sustituía a sus padre en los trabajos domésticos, cuando ellas iban a cumplir el deber de todo buen cristiano. Tenían por tanto que relevarse, nadie de la familia Occhiena habría dejado su Misa. La buena voluntad y la conciencia de los

deberes la tornaba industriosa y llegaba a todo.

Margarita, decidida como era, podía haber repelido a los inoportunos con una de aquellas respuestas que derrotan, pero, astuta y prudente, comprendía que esos medios podían ser contraproducentes y ser causa de inconveniencias y reclamos inútiles. Prefería defenderse de un modo más elegante y más digno.

No era jovencita de actitudes clamorosas y trágicas. La prudencia en todo, sobre todo en hacer el bien, le daba más derecho a sonreír en la victoria. Y también le gustaba la travesura inocente, sin caer en la exageración ni en el abuso.

Y he aquí como realizó su defensa: comenzó a salir de casa antes de lo acostumbrado, y durante algunos domingos consiguió liberarse de los inoportunos que daban todas las veces... con la nariz en la puerta.

Conocida su táctica, ellos adelantaron también su salida. Margarita pidió entonces a una buena mujer que le hiciera compañía. Sin embargo, algunas veces le faltaba esa buena compañía... y los rapaces estaban prontos a

acompañarla.

¿Cómo hacerle, entonces? Margarita no se preocupaba. Los saluda, acepta su compañía y aprieta el paso... aprisa, cada vez más aprisa. Los jóvenes tienen que seguirla casi corriendo. Avergonzados de ese ridículo papel y cansados, no les queda sino desistir de esa forzada marcha. Parados fatigados, no siguen a su lado, y ella continúa en ese paso hasta la iglesia, riendo a buen reír.

Al regreso, Margarita escoge por compañera (¡y qué escolta!) a una vieja irascible, capaz de defenderla si alguien quisiera incomodarla.

La dignidad sabe ser cautelosa y defenderse del enemigo, que tiene a la cobardía como su distinción... y delante de una voluntad fuerte y resuelta, se desvanece como la nieve al sol.

Esposa, Madre, Viuda

El nombre y la virtud

No basta querer para casarse: es preciso agradar. Pero no se casa sólo quien se muestra. Quien vale, no necesita de alarde y de enseñarse, porque los

tesoros se guardan escondidos y quien los quiere, los procura. Los valores físicos y morales se imponen por sí mismos y no necesitan de brillo, de maquillaje o de cremas para seducir. En el brillo engañosos de los colores está casi siempre armado el encanto para el hombre superficial, fácilmente atraído por el exterior de las cosas.

El valor moral de una jovencita está por encima de todo y es la dote más apreciable. ¡Si esto fuera más comprendido y enseñado, en el mundo habría menos lágrimas, más alegría y más justicia!

Y la justicia cerraría seguramente más prisiones y levantaría más altares a la virtud, generalmente incomprendida y menospreciada: favor que se debe a la ceguera y a la pasión de los hombres. ¡La virtud! Flor celeste que sonríe en este pobre destierro!... cuantas veces es convidado por hábito, casi a la fuerza y por los respetos humanos. ¡Se hace de Dios un mendigo, se trata como tal, cuando Él es Rey, puesto que como Rey quiere entra también en la familia!... si entrara como Rey, quedaría siempre en ella como amigo, como el mejor de los amigos.

Margarita recibió la alianza después de haber purificado su alma en la Confesión, y teniendo en su pecho la Sagrada Eucaristía, recibida en una Comunión fervorosa, tal vez hubiese oído a Jesús repetirle la oración de la Última Cena, en que instituyó el Sacramento del Amor. “Padre mío, que sean una sola cosa, como Tu y Yo somos Uno”..y ciertamente una novia suplicó....”Dios mío y Padre mío... que seamos uno solo y para siempre, por el afecto, por la comprensión y por el auxilio”

El primer biógrafo de esta esposa ejemplar dice que el matrimonio de Francisco y Margarita realizó el precepto de San Pablo: “Cada uno de vosotros ame a su esposa como a sí mismo: y la mujer respete siempre a su marido”

Debía de suceder así, porque el matrimonio cristiano se sienta sobre piedra inquebrantable, conservadora de toda unidad. Pero esto no se realiza, si falta la cooperación de los cónyuges. Todos saben que el egoísmo vive en nosotros y es el grande enemigo de los planes magníficos de Dios.

¡Dichosos los que luchan por la unidad familiar, dichosos y benditos!

Reina de la casa

Una viejecita, la madre de Francisco, la recibió con gran fiesta, puso pronto en ella su confianza y la amó como hija. Margarita, a su vez, se aficionó también mucho a ella y la obedecía como a su madre. Se entendieron desde el primer día, tenían el mismo nombre y el mismo corazón.

Ambas amaban la actividad, la economía y el hacer las cosas bien. El mismo sistema en dirigir la casa, en educar a la familia. Bajo las vestiduras humildes de campesina, en la madre del señor Francisco, se escondía una señora de nobles sentimientos, firmeza de voluntad, celo en amar y hacer el bien.

Margarita, pronto se sintió feliz y más feliz cuando, en el espacio de tres años, se vio madre de tres pequeños. El primero, José, nació el 8 de abril de 1813. El segundo, Juan, vio la luz el 15 de agosto de 1815.

El trabajo y la buena administración familiar daban abundantemente el pan de cada día a esta familia, de suerte que su vivir iba remediándose.

Al timón

Quando el dolor nos persigue

Bien se puede imaginar como queda una familia con la muerte de su jefe. Siete personas para mantener, contando a los dos criados que Margarita no tiene el valor para despedirlos. La colecta de los campos era su sustento, pero en aquel año el estío fue tan seco, que poco o nada entró en el granero. Los alimentos tenían un precio exorbitante. Lo que se platica sobre ese tiempo no lo podrían entender, si no fuera que en los tiempos actuales vemos cosas peores. ¡Sólo de lo alto se podía esperar el rocío confortador para tanta angustia!

Pero, ¿Cómo, si la revolución barrió en muchos el sentimiento religioso?... el terrible flagelo, sin embargo, parecía un llamado providencial para los caminos de la reconciliación con Dios.

Vinieron entonces demostraciones de fe, poblaciones enteras, desbastadas por el hambre, peregrinaban a los Santuarios más afamados. Con los pies descalzos, una pesada cruz en los hombros, una cuerda al cuello... con la actitud

expresiva de “hombres-nada”, como somos todos, delante de un Dios que es infinito y todopoderoso.

Y el salvado, se comía amasado en lágrimas, como una limosna y con una actitud humilde a la puerta de quienes poseían alguna cosa.

¡Mi Dios! ¿qué será de la pobre familia Bosco?

Las dificultades habrían quebrado otra alma, pero no la de Margarita, la mujer fuerte y trabajadora, de voluntad grande y grande fe, que nunca dejó que faltara algo a los suyos, aunque en ciertos momentos llegase hasta la mengua de todo: fue cuando, encargando a un vecino para conseguir alimento, todo el esfuerzo y diligencia resultaron inútiles, porque no había nada en los mercados. Ante el espíritu de todos se presentó el negro fantasma del hambre.

Margarita no se desanima, toca a la puerta de vecinos y conocidos, esperando hallar quien le preste al menos lo suficiente para salir de la aflicción. Nadie puede ayudarle. Reunida entonces la familia, les dice así: “Vuestro padre, antes de morir, me recomendó que tuviéramos confianza en Dios,

venga, arrodillémonos y vamos a rezar”.

Después de una breve oración: “Para grandes males, grandes remedios –dice, y dirigiéndose al corral, mató el becerro y con su carne dio por varios días, de sustento a su familia.

Mientras fue pasando el tiempo, con la economía, con su celo y su trabajo, pasó menos mal el año de hambre.

Primero el deber

Madre quiere decir: educadora. Esto encima de todo y antes de nada. La humanidad se resiente cuando la madre se olvida de su papel. Las grandes crisis del mundo se atribuyen precisamente a esta responsabilidad.

Mamá Margarita sentía todo el peso de este problema y se preocupó en encararlo y resolverlo, a costa de las comodidades e intereses personales.

Hubo quien le ofreciese una colocación tentadora, pero la rechazó noblemente y con firmeza.

-Dios Nuestro Señor me dio un marido y Él me lo quitó. Al morir me dejó tres hijos

y yo sería madre sin corazón si ahora los abandonase, ahora que precisan de mí.

Insistieron, los hijos serían entregados a un buen tutor que velaría por ellos con el mayor cuidado.

-El tutor, respondió, será un amigo de mis hijos, pero yo soy su madre. Ni todo el oro del mundo podrá convencerme a abandonarlos ni siquiera un día.

Un Principio de Sabiduría

Muchos ignoran que éste principio es el temor de Dios. Principio que todo lo que es útil y de todo lo que es bueno en la vida. Pobre educación la que no se asienta sobre este Principio. ¡Cuántas desgracias esparcidas por esos mundos!

Mamá Margarita puso en mayor cuidado en instruir en la religión a sus hijos. Conocedora de la Ley de Dios y de sus necesidades, enseñaba el catecismo todas las noches y se los recordaba a lo largo del día, como lo más seguro para volver obedientes y cumplidores de sus deberes a sus hijos.

El amor de Dios, el horror al pecado, el temor de los castigos eternos, la esperanza del Paraíso no se aprenden

tan bien, ni se graban tan profundamente en el alma, como cuando son enseñados por la propia madre. La catequesis de la feligresía es insuficiente para formar al hombre. Nada tiene la fuerza de la persuasión de una madre cristiana, que instruye con la palabra y con el ejemplo.

Cuando ella consigue que el hijo pondere sus acciones a la luz de las enseñanzas del catecismo, entonces la religión se torna natural, evitará instintivamente cuanto fuera menos perfecto e instintivamente amará el bien.

Por experiencia personal, sabía que las grandes convicciones se asientan en la educación del hogar, sabía que la bondad se convierte en un hábito, la práctica de la virtud cuesta menos y el hijo, así criado, tendrá que violentarse a sí mismo para tornarse malo.

En primera línea pone siempre en sus lecciones el temor de Dios. Aun pequeñitos, enseñaba a cada uno las oraciones y cuando eran más crecidos, todos de rodillas, rezaba con ellos en la mañana y en la noche. El Rosario nunca dejaban de rezarlo y los preparaba para la confesión, hasta la edad en que los juzgo capaces de hacerlo solos.

La suavidad de sus modos para acostumbrarlos a rezar y llevarlos a los Santos Sacramentos le dio tanto prestigio, que los hijos, aun de adultos, nunca se alejaron de la influencia materna. A los treinta años, y aun más tarde, respondían con la candidez y confianza de niños ante las preguntas acerca de sus deberes religiosos.

A su Padre Juan, que regresaba cansado de su ministerio sacerdotal, ejercido en las aldeas próximas, le preguntaba muchas veces: ¿Ya rezaste tus oraciones?

Don Bosco, que había cumplido con ese deber, pero sabiendo el consuelo que le daba a su madre, respondía: “Voy a rezarlas”.

Y Margarita, continuaba: “Es que, aunque estudies latín y teología, tu madre sabe más: sabe que debes rezar”. No admira que, por el rodar de los años, ella fuese siempre respetada, amada, obedecida. Delicada y sensible, iban frecuentemente a enjugar sus lágrimas de consuelo, al verse tan venerada.

Dios, que castiga las lágrimas de amargura que un hijo hace derramar a sus padres, recoge ciertamente las de

consolación y las guarda como un premio, con el interés con que la gente recoge y guarda las piedras preciosas.

Para todos un libro abierto

Debe haber sido encantador asistir en la humilde casa de los Becchi, a las lecciones de catecismo de aquella campesina, sentada junto a sus hijitos. A la distancia de los años, nos parece que el calor y la religiosidad del cuadro aun nos acaricia el alma. No me atrevo a reproducirla, es mejor imaginarla para que no pierda sus colores y su poesía.

Ella, la maestra, iba repitiendo las preguntas y las respuestas, todas las veces que se necesitara, hasta que ellos las repetían con perfección y sin vacilaciones. Cuando se presentaba la enseñanza o la necesidad lo requería (el buen educador sabe escoger el momento propicio y aprovechar la ocasión), contaba a sus hijos ejemplos vividos o sacados de la Historia Sagrada o de las biografías de los Santos.

Los premios que Dios reserva a los hijos buenos, los castigos que inflingirá a los malos, todo se los presenta ejemplificado de una manera impresionante, como

sabe hacer la fantasía de la gente y de un corazón de madre.

¿Y los hechos de la infancia y de la vida de Jesús? Salían de su boca con unción y los pequeños oyentes se lo grababan de tal modo en la memoria que nunca más los olvidaban. Pero el fin del catecismo no es solamente instruir. No es exponer fórmulas, aunque no se pueda prescindir de ellas. En la edad infantil, lo que no es explicado, generalmente se lo lleva el viento.

Sin embargo, la enseñanza de la Doctrina, aunque administrada con método, claridad, animación y solidez, si no es practicado y vivido, no realiza su fin. Enseñar a hacer el bien que Dios quiere y a evitar el mal que Dios condena, es el fin principal del Catecismo.

Instruir es cosa más fácil y de menos importancia. Formar al cristiano es más difícil, es más esencial. Llevar la vida por las enseñanzas, vivir la lección, corregir lo que está en desacuerdo con el Catecismo, imitar los ejemplos de los Santos... es el ideal, el único ideal de la Instrucción Religiosa.

Mamá Margarita no era culta, nunca estudió los principios ni los métodos pedagógicos, y fue maestra como pocas. Mujer de inteligencia, de palabra fácil y pronta, se servía frecuentemente del Santo nombre de Dios para conquistar el corazón de sus hijos: -“¡Dios te ve!” –era el lema que les repetía a cada paso- “Mira que Dios te ve.. y un día juzgará” –los amonestaba al verlos con algún rencor o al sorprenderlos en pequeñas mentiras.

Cuando le pedían ir a jugar al campo vecino: -“Vayan, pero recuerden que Dios estará allá también”.

Después de la lección en el libro del Catecismo, comenzaba otra con el gran libro abierto a todos, el de la naturaleza.

En una noche serena, apuntaba al cielo: “Fue Dios quien creo el mundo y puso allá arriba tantas millares de estrellas. ¡Si es tan bello el firmamento, cuánto más bello no será el Paraíso!”

En los días primaverales, frente al espectáculo de la aurora o de los campos floridos, les repetía: “¡Cuanta cosa linda creo Dios para nosotros!”

Si los relámpagos y sus truenos los amedrentaban: “¿Oís?... ¡Cómo es poderoso Dios! ¿quién se le puede resistir? Evitamos, por tanto, todo el pecado”.

Cuando el granizo perjudicaba las cosechas, salía con los hijos hasta el campo para ver los destrozos y: “Dios nos lo dio, Dios nos lo quitó, Él es el dueño y todo lo hace para nuestro bien, pero bien sabéis que, para los malos, guarda castigos terribles y que con Dios

no se juega”.

**Viendo al granero llenarse de trigo:
“Agradecemos a Nuestro Señor, hijitos,
Él es tan bueno, que quiso asegurarnos
nuestro pan de cada día”**

La vida de cada uno

También la vida personal es maestra de grandes enseñanzas. Es dar prueba de sabiduría, aprovechar de ellas.

Como no le gustaba verlos ociosos, acostumbraba decirles que el ocio es el padre de todos los vicios y procuraba entretenerlos en trabajos o juegos adecuados a su edad. Observaba que los pajaritos formaban el encanto de aquellos pequeñines, así que los enseñó a hacer jaulas de mimbre y les dio lecciones sobre el alimento necesario para las diversas especies. Después les permitió encontrar nidos y criar a los pajaritos que más se adaptan a vivir en cautiverio. Pero, a los otros pajaritos, quería que se respetasen.

Juanito descubrirá, cierto día, un nido metido en la cavidad de un tronco. Por el estrecho espacio, se oía en el fondo, lasavecitas piando, Juan quedó más radiante que el conquistador de un reino. Pero la presa no era fácil de alcanzar: la

hendidura era estrecha, la cavidad, profunda y oscura... los pajaritos seguían piando y Juanito sigue intentándolo, inconsciente del peligro. ¡Juanito no se alejará de este tesoro, ni a la fuerza!

Mete con fuerza la manecita y el brazo dentro del agujero, más y más un espacio y... llega a sentirlos... a agarrarlos... ¡Tan quietecitos son tan pequeñitos!...

¿Qué pájaros serán? El color de las plumas lo dirá, conocía tan bien todas las familias de las aves... con el mismo cuidado trata de sacar el brazo, pero, toda la tentativa es inútil. ¡El experto niño estaba preso en el árbol!

¿Llorar? Ni por acaso... allá quedó tratando de liberarse, la madre, que estaba entretenida trabajando en el campo, viéndolo agarrado al tronco y siempre en la misma posición, lo llamó:

-Madrecita, no puedo ir.

-¿Por qué no puedes?

-Estoy preso por el brazo, ya me está doliendo.

Margarita acude hasta donde él está. No perdió, con todo, a darle una buena lección moral. “Así, hijo mío, son presos por la justicia de Dios y de los hombres

los que se atreven a quitar lo ajeno”.

Y he aquí otra vez a Juanito:

Cierta vez, al pie de una planicie cultivada, observó con delicia, a un ruiseñor que llevaba comida a una nidada de hijitos implumes. Desde entonces no pasó día sin que la pequeña familia recibiera una visita del valiente trepador, ansioso por ver a las aves vestidas de plumas y poderlas llevar a casa. Una tarde, una ave cruel, nunca vista, se acercó al nido, arrebató a los pajaritos y tomó posesión del nido que no le pertenecía, donde además puso un huevo.

Al día siguiente, un gato silenciosamente, se quedó con el nido y la devoró. Juanito, que asistió a todo, se alegró. El ruiseñor, volvió al nido y habiendo visto el extraño huevo, se quedó cuidándolo, y nace un pájaro muy feo. El ruiseñor lo crió y cuando estaba cubierto de plumas, Juanito se lo llevó a su jaula. Pero, Benditos niños, son inconscientes de sus cosas. El pájaro fue olvidado por Juan y necesitado de alimento, intentó huir, no lo consiguió y quedó ahorcado en los barrotes de la jaula.

Mamá Margarita remató el caso con su moral: -“¿Ves? El prepotente siempre es vencido por otro más poderoso. Y este pobre, hijo de un prepotente, recibió una triste herencia. Esto es, el nido que no le pertenecía y que le proporcionó la muerte. Así acaban miserablemente los hijos que reciben un patrimonio conseguido injustamente. Tú puedes agradecer a Dios que tuviste un padre que no poseía un centavo de otro. ¡Sé siempre honesto como él!

También a José le daba lindas lecciones. Cierta día, el pequeño llevó para la casa un búho, preocupándose por darle de comer. Sentado en el piso, teniendo al lado un cazo lleno de cerezas, le ofreció la primera, que el búho engolió con avidez, pulpa y hueso, abriendo inmediatamente el pico para pedir más. Después de la segunda, la tercera, la cuarta y otras más... la golosina parecía insaciable, y el rapaciño, divertido, le servía sin regateos.

En un cierto momento, el bicho quedó con la boca abierta, le lanzó una mirada desesperada sobre el pequeño fue una mirada de derrotado. ¡Se entiesó, cerró los ojos y se tumbó de lado, estaba muerto!

-“!El búho está muerto! –gime pesaroso

José a la madre.

-¿Ves a los golosos? Así es como acaban, la intemperancia les apresa a la hora de la muerte.

La última pincelada para no cansar demasiado al lector, porque sería triste dejarla en el olvido. Es a propósito de un perro, que guardaba la casa de Margarita y era amigo de sus pequeños. Tuvieron un día que deshacerse de él, porque unos parientes, que vivían en otras tierras, se los pidieron. Mamá Margarita se los llevó, pero de vuelta a casa, lo primero que vio, fue al perro, cabizbajo, como quien siente culpable. Los pequeños no le hacían fiestas, al desobediente... ¿merecía otra cosa? El can parecía comprender que la atmósfera para él no era muy favorable y se fue a sentar en una esquina de la casa.

Vinieron los parientes a reclamarlo, a llevárselo, pero no pasó mucho tiempo cuando ya estaba de vuelta. Ahora los pequeños le mostraron un grueso palo... pero el animal, en vez de huir, arrastrándose, se acercó a ellos amigablemente, parecía suplicar que no le pegaran, que le perdonaran y no lo expulsasen, Juan y José se conmovieron con la escena.

Y la madrecita, pronta les dice: “Vean, cuanta fidelidad, cuanta obediencia y amor en este bichino...si nosotros tuviéramos con Dios al menos una pequeña muestra de esto, las cosas del mundo correrían mejor y mayor sería la gloria que Él recibiría de los hombres”.

-Pero los animales –observó Juanito- hacen esto por instinto y no tiene mérito alguno.

-¿Y el amor, no está también en nosotros por instinto y puesto por el Creador?

-Sí.

-Pero nuestro merecimiento, cuando amamos, viene de nuestra voluntad y de nuestra razón que se someten a su Ley. Por el contrario, a falta de mérito – concluyó Margarita- consiste en que la voluntad y la razón, se opusieran a ese instinto, cuya voz no queremos escuchar. Nosotras, las criaturas racionales, tenemos mucho que aprender de un perrito tan fiel a sus patronos.

¿El comentario no alteraría aquí la elocuencia y la oportunidad de enseñanzas de Mamá Margarita? Cada cual hágalo para sí, lo hablará mejor y con más provecho.

En los planes de Dios

La educación es un problema muy complicado. Es fácil poner en un papel los principios de un método pedagógico, pero difícil poner ese método en la práctica. Esa facilidad sin embargo, no libró ni librará de que se escriban disparates pedagógicos, volviéndose, por consiguiente responsables de anomalías familiares y sociales de suma gravedad.

Hasta los mejores educadores o pedagogos mejor intencionados tienen sus fallas, porque, es bueno no olvidarnos, que nos dejamos en todas las acciones el sello de nuestro barro imperfecto y corrupto. Grandes responsabilidades tiene quien orienta y quien escoge el método. Debemos reconocer, que el mundo tiene sus maestros, grandes maestros en el campo de la pedagogía. Y son los más autorizados a enseñar y más estimables y dignos de ser oídos e imitados, cuando es Dios quien los manda a la misión especial de educar.

Nos llega esto a la mente pensando en el gran educador de nuestros tiempos, San Juan Bosco, hijo de Margarita Occhiena. Todo mundo lo conoce y lo venera, como hombre de cualidades excepcionales y por los carismas con que Dios le entregó.

El Santo Padre Pío XI afirmó que lo sobrenatural, en la vida de este santo, llegó a tornarse natural. Y tan frecuente fue la asistencia y la revelación de lo Alto, que todos lo ven investido de una misión especial en estos tiempos que corren.

Este papel fue bien definido por la voz autorizada de un augusto Príncipe de la Iglesia, que dijo de él: “Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan”, palabras estas que el Santo Evangelio usa para apuntar la misión singular del Precursor, Juan Bautista.

No hay duda de que Juan Bosco fue enviado por Dios para usar y enseñar a los hombres un método ideal, todo evangélico y por tanto divino, de educar a la juventud. La misión de San Juan Bosco no podía ser más providencial para nuestros tiempos, en que el problema educativo ha sido el más discutido y explorado a punto de lanzar a la sociedad, por una serie de errores pedagógicos, en un caos de doctrinas desmoralizadores y en luchas fratricidas. Escogido desde hace un siglo como precursor en el campo pedagógico , el santo no ha acabado aún su misión.

Sin querer menospreciar la intervención

divina en la vida del santo, nos parece poder y deber afirmar que el alma y los sentimientos de su madre tuvieron gran influencia en escoger, en el uso y en el éxito admirable del método educativo de Don Bosco, que hoy se impone en todas partes por su eficiencia.

Aquel que, en el sueño misterioso de los nueve años, apuntaba a Juanito su futura misión, así que se puede afirmar ciertamente que también él tuviese una sabia y santa madre para realizar mejor los planes de salvación para tantos jovencitos.

Lo admitimos sin restricciones, porque Dios todo lo hace bien y así actúa en todas las cosas. Entra en sus designios el aprovechamiento de elemento humano y de las circunstancias naturales para las realizaciones de su sabiduría infinita.

San Juan Bosco se nos aparece como un hombre enviado por Dios para iluminar a los hombres de la pedagogía materialista, revolucionaria y racista y los errores de nuestro tiempo. Para llamar hacia estos esqueletos descarnados el espíritu vital. Funke, Director de las Escuelas normales de Westfalia, dice que “Don Bosco divinizó la pedagogía”.

No desagradará ciertamente al lector que nos paremos a admirar, como la sabia campesina influía en el alma de ese que la Iglesia llamará justa y sabiamente: “Padre y maestro de la juventud”. ¡Y qué padre y qué maestro!

Pero también... ¡qué madre tuvo! De hecho, hay en el sistema de ella, los tópicos del sistema de San Juan Bosco.

Maestra de un gran Educador

1. Margarita ponía a la religión como base de su obra educadora. Más tarde, su hijo escribirá en las páginas de su método: “Sólo la religión es capaz de comprender y completar la gran obra de la verdadera educación. Sin religión, nada bueno se obtendrá de los jóvenes.

2. Margarita vigilaba continuamente el comportamiento de sus hijos, no se los entregaba a cualquiera y menos a sí mismos. Pero la vigilancia de ella no era aborrecida, ni como persona que vive de sospechas, no de quien está a la espera de la falta para castigarla, era al contrario... continua, prudente, amorosa, y Don Bosco subraya, en la exposición de su sistema educativo:

“Los superiores asistan de tal forma que

el alumno sienta en todo el tiempo sobre sí la mirada vigilante de sus maestros. Háblenle con afecto, acompáñenlo siempre a todas partes con el fin de que no tenga posibilidad de cometer faltas.

“Asistir siempre a los alumnos, como si fueran malos, pero hacerlo de manera de que se juzguen muy estimados por nosotros.

“Los alumnos no deben tener la impresión desagradable de ser asistidos, por eso, tomen parte en sus juegos, acepten los gripos y la incomodidad que esto puede causar”.

3. Margarita procuraba hacer cada vez más agradable y querida la compañía de “mamá”, dirigiéndolos, por eso mismo, con dulzura inalterable.

El Apóstol, recomienda en la carta a los Efesios:

“Y vosotros, padre, no provoquéis la ira de vuestros hijos”

Y es lo que el Santo recomienda a sus Salesianos:

“Es preciso tratar con gran amabilidad a los alumnos. Ninguno se juzgue dispensado de este deber. No basta que sean amados, es preciso que comprendan que lo son.. hay que

tratarlos con dulzura, y ellos nos amarán. Respetémoslos y seremos respetados. Si pretendemos humillarlos por la sencilla razón de ser superiores, nos tornamos ridículos. Considerémonos como padres y no como superiores”.

A los nueve años, el sueño profético le confirmará el ejemplo de la madre: “Con la dulzura y con la mansedumbre”.

4. La gran educadora no se enojaba con los juegos alborotadores de sus pequeños, hasta participaba de ellos y también les enseñaba otros.

“Prefiero vuestro alboroto a vuestro silencio”, escribía Don Bosco. Los niños necesitan jugar. El profesor, que aparece solamente en el aula, no pasa de ser un profesor. Pero si desciende al recreo y se entretiene con los alumnos, entonces será tenido como hermano. Por esta forma, obtendrá todo de ellos”.

5. La madre pensaba así: “Responder con paciencia a sus preguntas infantiles; oírlos tranquilamente, animarlos a hablar mucho para conocer lo que piensan y lo que sienten en sus corazoncitos”.

Y el hijo pensaba como la madre. Oigámoslo: “El medio para atraerlos

hasta nosotros, es aproximándonos cerca de ellos, gustando y prefiriendo sus gustos y preferencias, aun las más infantiles, dejémoslos hablar a voluntad, procurando impedir la ofensa a Dios y para sí tener ocasión de rectificar las expresiones, las palabras y los actos contrarios a la educación cristiana”.

6. Dice el biógrafo de Mamá Margarita que sus hijos, encantados con su bondad, no tenían ningún secreto con ella.

“La familiaridad con nuestros alumnos, - dice Don Bosco- genera afecto y confianza. Es esto lo que abre los corazones, es sólo de esta forma que nuestros alumnos dirán todo a su superiores. Entre ellos será desconocido el fingimiento, hablarán de todas sus necesidades y hasta de sus defectos”.

7. La serenidad de Margarita, su afabilidad, su sonrisa, nunca se vieron nublados. Hasta las correcciones nunca supieron a irritación, a precipitación, a impulsividad... nunca fue mujer de exaltaciones y gritos.

Don Bosco la copiará y querrá imitarla para sus discípulos y sus hijos. “Corregir pronto las faltas es peligroso; primero, el

educando no tomará a bien la corrección, en segundo lugar, también para el educador. Absténganse de corregir cuando estén todavía excitados o enojados, para que los jóvenes no juzguen vuestra actitud como el desahogo de una pasión. Olviden pronto cualquier ofensa. La frase tan común: “¡Me la has de pagar!” no es cristiana.

8. Otra observación de gran importancia es que tanto uno como otro nunca dejarán de amonestar, de avisar con una constancia llena de celo. La bondad no es cerrar los ojos ni tan poco el ser francos delante de los defectos y carácter de los hijos.

De Mamá Margarita se cuenta en esta obra algunos hechos; de Don Bosco nos limitamos a citar aquí algunas reglas y consejos:

“No os canséis de avisarles cualquier falta que ellos cometan. Avísenles, enséñenles siempre, aunque tengan faltas todos los días, llámenlos para avisarles siempre, hasta varias veces al día, si fuera preciso. Usen maneras afables, pero sean firmes en exigir el cumplimiento del deber. Por este método, los incorregibles, si los hubiera, al cansarse, les pedirán salir del colegio. Sin embargo, siempre recordarán la

caridad con que fueron tratados y los consejos recibidos, reconociendo que sois amigos sinceros. Más tarde volverán con nostalgia a visitaros, para aprovechar de la amistad que no supieron corresponder en su juventud. La práctica enseña que aun estos irán a ser, por vuestra influencia, ciudadanos honestos y buenos cristianos. No hay joven aun los más rebeldes, que no tenga un camino de acceso al corazón. El educador debe encontrar ese camino para conquistarlo”.

Aquí tenemos la clave de todo el Sistema Salesiano: Asistir siempre y educar por el amor.

No admira que Margarita fuese obedecida siempre, prontamente y con un afecto sin igual. ¿Necesitaba de algún pequeño servicio? De agua, leña o de un auxilio en el aseo de la casa, de hierba para el ganado? Una palabra, una señal a uno de sus hijos, ponía a todos a correr en una porfía conmovedora.

Cuando la madre se ausenta

Era cosa que por sistema no hacía. Le costaba muchísimo alejarse de casa o dejar a sus hijos solos. La inocencia de

ellos era la mayor preocupación de esta madre cristiana. No consentía que se juntaran con personas que ella no conociera bien.

Juanito, en el célebre sueño, manifiesta desconfianza hasta con la linda Señora que el Personaje le presenta como Maestra de su futura misión:

-¿Quién sois vos? Mi madre no quiere que yo frecuente la compañía de personas desconocidas...”

Y sólo le hace buena cara cuando, para tranquilizarlo, Ella le respondió: “Yo soy Aquella que tu madre te enseñó a invocar tres veces al día...”

La Santísima Virgen vio que trataba con un niño ejemplarmente cumplidor de las órdenes, y que no admitía transigencias. Para tratar con él, había que declinar hacia su identidad...

El Apóstol San Pablo exigía: “No acrediten en la doctrina de otros, aun cuando fuera anunciada por un Ángel”. Pero aquí está en escena la Reina de los Ángeles... y a pesar de esto, antes y por encima de todo está la orden de la madre.

No discutimos más el caso y concluimos:

Dios respeta las órdenes de los padres, cuando ellas son justas... y hasta se somete a ellas. No podía ser de otra forma, porque Dios es Orden.

En el caso de Juan, hubo por parte de la Virgen, estamos seguros de esto, un premio de aprobación, por la obediencia a las órdenes de la madre.

Era frecuente oír esta pregunta:

-“Madrecita, llegó un amigo, ¿podemos jugar con él?”

Si la respuesta era afirmativa, salían alegres, pero si hubiese un “no” que no admitía réplicas, quedaban igualmente satisfechos. Ella es la que sabía la razón de esas negativas, y en las conversaciones íntimas las explicaba: “Huyan de los malos compañeros, como huirían de los perros furiosos”

Casi siempre, los pequeñitos no necesitaban de las distracciones de otros. Ella se preocupaba en conseguirles los juegos para que se entretuvieran. Y cuando la necesidad la forzaba a salir, los recomendaba a la suegra, nunca dejando de amonestarlos, a cada uno en particular, sobre la manera en que se debían comportar.

¡Oh! Que gran fiesta le hacían, cuando,

desde lejos, la veían regresar, sabiendo que acostumbraba traerles alguna sorpresa, corrían a su encuentro y la rodeaban de cariño hasta llegar a la casa.

Pero los presentes, que ellos esperaban ansiosamente, no salían de su escondite, hasta que no respondían a las preguntas acuciosas de Mamá Margarita.

-¿Fuiste a buscar tal objeto al vecino? ¿Qué te dijo? Y tú, ¿qué respondiste?

-A otro de ellos: “¿Diste el recado que te encomendé?”

-A todos: ¿Fueron obedientes con la abuela? ¿Vino algún compañero a acompañarlos? ¿A qué jugaron? ¿hubo algún problema? ¿Y los trabajos que os dejé para que hicieran? ¿Rezaste el “Ángelus?”

y los pequeñitos respondían a todo, contaban todo, hasta las culpas. Y la madre corregía, reprendía, alababa y, por fin, les daba los tan esperados presentes.

Ni pan ni blandura

“Quien quiere ser obedecido y respetado, primero hágase amar. El amor para con los educandos no se muestra con caricias pero con dedicaciones, y con nuestro sacrificio en su favor; que ellos

lo vean así” escribe Don Bosco.

No es cosa arbitraria afirmar que la madre del Santo se guiaba por estos principios. Aunque bondadosa y amable, nunca renunció al poder punitivo que es atributo de todo educador. La flaqueza en educar, es defecto. Allá en un rincón de la casa, tenía una vara y no dudaba en usarla si era necesario. Sin embargo, nunca lo fue, tanto, que nunca pegó a sus hijos. Para castigar, tenía otros medios que surtían los mismos efectos.

¡El palo! ¡Cuántos niños deformó! Los deformó, cuando sirvió de desahogo de la pasión del educador: la ira, la venganza, la irreflexión, la injusticia. Por eso, preferimos las directrices de Don Bosco, conocedor profundo del corazón de los niños, mensajero de un sistema que tiene todo el espíritu del Evangelio. El Cielo le dirá en el sueño del que ya hablamos: “No con golpes, sino con dulzura y mansedumbre”. Es cierto que exige en el educador, virtud y dominio sobre sí mismo, pero es también el método más humano. Forster dejó así este aspecto de la pedagogía del Santo: “El gran pedagogo, fundador de una Congregación de educadores, es un recurso que humanizó la disciplina formativa”.

En un ensayo sobre los principios de Don Bosco en el asunto importantísimo de los castigos:

“Cuanto seas posible, no se debe castigar, si es necesidad el exigir, sirva como regla lo siguiente: “El educador procure hacerse amar, si quiere ser temido. La sustracción de un acto de benevolencia ya es castigo que mueve a emulación y no a deshonra.

“Para los niños sirve de castigo lo que usamos como castigo. Una mirada triste seria, pesarosa, causa en la mayoría un efecto de una bofetada. Una alabanza por una cosa bien hecha, la reprobación de la negligencia, piden servir de premio y de castigo”.

“Excepto rarísimos caos, nunca se castigue públicamente. Hágase en forma particular, cuando sea preciso, usando prudencia y paciencia, para que el alumno comprenda su falta, por la razón y por la religión”.

“Nunca se debe pegar, poner de rodillas, jalar las orejas, al culpable. Todo esto irrita fuertemente a los educandos y deshonra al educador”.

“El castigo sistemático no da resultado.

Mejor es evitarlo vigilando y dirigiendo. Así el joven conservará por toda su vida un odio jurado contra sus maestros. Privar una vez al alumno de sus recreos, dejar de interrogarlo una vez o dos en el aula, ya es castigo grave”.

“Pido en esto, mucha prudencia y medida, quitándoles el recreo, nunca lo dejéis al viento, al sol o a la lluvia”.

¡Cuanta sensatez y comprensión humana, cuanto amor cristiano en estas reglas!

Preferimos este método, el método de este hijo santo y de esta gran madre. Ni pan ni blandura, pero amor fuerte... amor firme e inteligente, fue lo que usaron los dos para educar.

Dejemos la palabra a los hechos. Juanito tiene entonces cuatro años. Vuelve un día del paseo con José. Era un día de verano y los dos llegaron con mucha sed. La madre les trae una jarra de agua fresca. Era natural que en primer lugar el ofreciera al mayor. La buena pedagogía nunca se desmiente. Pero el más pequeño, el Juanito, no podía entender la fuerza del acto que tenía el aspecto de una preferencia.

Cuando la madre le quiso entregar el

vaso, el pequeño, enojado, hace señal de no necesitar beber. Mamá Margarita, como si no percibiese lo que pasa por la cabecita del niño, regresa el vaso a la mesa. Juanito se quedó serio un instante y después, tímidamente:

-¡Madrecita!

-¿Qué quieres?

-Deme agua también a mí... si me hace favor.

-¿También necesitas? ¿en serio? Creí que no tenías sed.

El niño mira humilde y conmovido hacia la madre y:

-¡Madrecita, perdóneme!

-Ahora sí, así debe ser –y con una sonrisa de perdón, le sirve inmediatamente.

En otro momento, uno de los dos hijos, naturalmente el más inquieto, se hace notar con un acto impaciente, propio de esa edad. Margarita lo llama:

-Hijo mío, ¿ves aquella vara? Ve a buscarla y tráemela.

-¿Para qué, Madrecita?

-Tráela y verás.

-Ya sé, es para castigarme.

-¿No lo mereces, con esto que haces?

-Pero yo... Madrecita, no lo haré más.

Y a la sonrisa suave de la madre

responde el hijo con otra sonrisa. Pasada la tempestad, la lección queda para prevenir cualquier debilidad.

Es el Santo educador el protagonista y el historiados de sus proezas. A José también le acontecieron algunas muy buenas, de carácter afectuoso y tranquilo, pero a veces caprichoso, era necesario mucha firmeza para dominarlo. En esas ocasiones la madre no cedía, lo cogía de la mano y lo obligaba a cumplir la orden que le había dado. Josesito se dejaba caer, pegaba con los pies en el piso y berreaba.

Ella no perdía la serenidad y no lo soltaba: “No insistas, no te suelto, aunque me tuviese que quedar el día entero... Si el hijo insistía: “¿No vez que soy más fuerte que tú? No vencerás, ni huirás un día de las manos de Dios que castiga a los malos, mejor es acabar con tus caprichos a que lo hagas sufrir a Él y a mí también”.

Ninguno tenga dudas de que todo acabó allí. Ella sonreía al hijo en señal de perdón y todo quedaba como antes. Pero la sonrisa y el perdón de la madre... y su firmeza serán siempre un remedio preventivo y eficaz.

Como los Ángeles

Vestidos con sus trajes de fiesta, la cabecita orleada de cabellos ensortijados, muy aseaditos, saltan de alegría al lado de la madre que los acompaña a Misa los domingos, así los hijos de Margarita fueron acostumbrados desde pequeños a respetar los días santos.

Es uno de los grandes deberes que están tan despreciados, que Dios haga comprender a los cristianos, los delitos que cometen con esa profanación.

-¡Qué lindos niños! –decían todos- parecen unos ángeles. Y la madre se alegraba con estas alabanzas. Sentía que los pequeños eran, en realidad, la joya preciosa de la casa y de su alma.

Y como ángeles los quería conservar a todo costo. ¿Sabéis porqué os quiero arregladitos en estos días más que en cualquier otro? Porque son los días más alegres para el cristiano. Pero quiero veros lindos en vuestra alma, ¿para qué vale un vestido nuevo o bonito si el alma esta manchada por el pecado? Las alabanzas de la gente no vale, podemos volvernos presuntuosos. Dios no ama a los soberbios.

“Sean como Ángeles en la iglesia, junto al Sagrario de Jesús... sin conversaciones inútiles, sin actitudes descompuestas. Sed ángeles y daréis la mayor alegría a Dios y a vuestra madre.

¡Pero es muy difícil vivir como los ángeles! Sólo el auxilio de Dios y una voluntad fuerte y bien disciplinada pude realizar este ideal supremo. ¡Ay de la madre educadora, que no tiene esta aspiración: conservar la inocencia de sus hijos!

El sentimentalismo, la ociosidad, la alimentación inadecuada y superabundante, el sueño excesivo y la pereza tiene un papel nefasto en la orientación moral de los pequeños. Si recordamos que Mamá Margarita nunca se mostró sentimental en el mimo que daba a sus hijos, que los mandaba levantar muy temprano en las mañanas, el pequeño almuerzo era espartano, pan y leche, se preocupaba de que no estuvieran ociosos, quizá hallemos demasiado austera esa disciplina. Pero cuanto buen sentido en ese celo y cuanta comprensión de la fragilidad humana.

Sabía que sin mortificación no puede haber castidad, que prevenir las

pasiones es más fácil que domarlas y que toda la lucha debe tener su ejercicio previo. ¡Bienaventurado el hombre que caminó por el buen camino desde su niñez!

Juan, acostumbrado a dormir en el Seminario sobre un colchón, le preparaba, en vacaciones, un simple jergón, diciéndole: “Es mejor que te acostumbres a dormir así, aprisa nos acostumbramos a las comodidades, pero no sabes que tendrás en el futuro, conviene que te acostumbres a las privaciones.

Si los trabajos así lo exigían, mandaba a los hijos a acostarse más tarde o levantarse más temprano, diciéndoles: “El tiempo es poco para practicar el bien. Las horas pasadas en el sueño son indispensables, pero de más es tiempo perdido para el Cielo. Cada minuto robado al sueño innecesario es precioso, ¡Cuánto bien podemos hacer y cuantos merecimientos para la otra Vida!

Al ponderar estas enseñanzas no nos causa extrañeza que San Juan Bosco dormía sólo cinco horas en la noche, y que fue el mayor trabajador del siglo XIX, en una frase de Pío XI, y que conservó por toda la vida la inocencia bautismal.

¿Lo qué pueden las lecciones de una madre! ¡Benditas, mil veces benditas las que dan a la humanidad hijos como éste! Su nombre oscurece el del mayor artista que deja en la tela, en el mármol, o en las páginas de un libro, su obra prima. El trabajo de esas madres es más valioso y más benéfico. Así como el artista es admirado y alabado, así ellas también lo son, pero además, amadas y veneradas. Y es Dios quien se encarga de premiarlas, porque la tierra no posee tesoros que se equiparen a su mérito.

Himno de la Caridad

**Aunque hable las lenguas de los
hombres.**

**Aunque hable las lenguas de los ángeles,
Si no tengo caridad,
Soy como bronce que suena
O como címbalo que retiene.**

**Aunque tenga el don de profecía,
Y conozca todos los misterios,
Y todas la ciencias.**

**Aunque tenga plenitud de fe para mover
montañas,
Si no tengo caridad,
Yo no soy nada.**

**Aunque reparta todos mis bienes,
Y entregue mi cuerpo a las llamas,
Si no tengo caridad,
Nada me aprovecha.**

**La caridad es paciente,
La caridad es amable,**

**La caridad no es envidiosa,
La caridad no es jactanciosa, no se
engrúe,
La caridad es decorosa, no busca su
interés,
La caridad no se irrita, no toma en cuenta
el mal.**

**La caridad no se alegra de la injusticia,
se alegra de la verdad.
La caridad todo lo excusa, todo lo cree,
La caridad todo lo espera, todo lo
soporta.
La caridad no acaba nunca.**

I Cor. 13.

Este es el himno que el apóstol tiene para la reina de las virtudes. No somos nada sin ella, gente muerta, es por eso que el mundo parece un cementerio: triste como un cementerio, frío como un cementerio... el reino de los suspiros y

de las lágrimas. Muertos para Dios... para sí... para el prójimo.

Fue Cristo en el Evangelio quien dio como termómetro infalible para medir la religiosidad: “Amar a Dios es amar al prójimo” “quien dice amar a Dios y no ama al prójimo, es un mentiroso” “Quien no tiene caridad, está muerto “

Viva en las almas de los justos lo que Dios presenta en la tierra: la caridad, que es una lección benéfica y que conforta sin igual. Una fuerza divina que acompaña a su paso entre las multitudes.

Toda para todos...

Si quisiéramos narrar todos los hechos, para demostrar que Margarita pertenece al número de los elegidos, no acabaríamos nunca. Podemos afirmar con la historia que la norma constante de esta mujer fue amar y hacer el bien a todos. Nunca le hizo el mal a nadie, ni con la palabra, serena y bondadosa, no admitía el resentimiento. Nunca tuvo necesidad de perdonar, porque nunca se consideró ofendida. Alma sensible, transformará toda la sensibilidad en la caridad más fina, a punto de merecer el título de “Madre”... y madre de todos los

necesitados que tocaban a su puerta, madre también de aquellas necesidades que pudieran surgir.

Daba siempre, como si fuese la persona más rica y con una caridad inagotable. Y daba con los ojos puestos en Dios, no sólo lo superfluo, sino sobre todo, lo que le costaba más sacrificio.. si las necesidades de los pobrecitos, los obligaba a tener el valor de pedir... era la buena Margarita quien abría el corazón, la puerta de su casa, la mano dadivosa.

Cuanto más daba, la Providencia parecía mandarle más, para que sus limosnas no se agotaran. Le sucedió encontrar comida y cereales junto a la puerta de la casa o dentro de ella, sin saber quien los llevaría allí. Los incógnitos donadores, al ser sorprendidos en su misión benefactora, se disculpaban diciendo: “No queremos hacer alardes, pero puesto que somos poco expertos, en realidad, lo que hacemos, lo hacemos por deber, en cambio usted da todo a los pobres, es justo que otros la ayuden, tanto más que tiene tan poco.

Una persona le habló así: “Aquí tienes unas cosas, pero te pido que cuando no tengas para limosnas, dispongas libremente de mis recursos, al visitar a

los enfermos que lo necesitaban, que todo vaya por mi cuenta”.

No medía lo que daba y ya sería gran obra, pero lo que más se admira el que se daba a sí misma. Estaba noches enteras al pie de la cama de los enfermos; con su consejo apaciguaba las desavenencias, generosamente confortaba a los que lloraban, era considerada el ángel de esos lugares. Y cuando se trataba del bien espiritual y de la salvación eterna de las almas, su caridad se tornaba grandiosa.

Junto a los moribundos rezaba y hacía rezar, mostrando así un corazón sacerdotal. También en defensa de la inocencia, se armaba de valor, siendo impetuosa y arrojada, cuando se trataba de evitar escándalos. No recelaba en levantar la voz contra las conversaciones indecentes. Hasta los hombres, se callaban e huían cuando ella aparecía y reconocían su porte digno al reprenderlos.

Para salvar a una joven que estaba envuelta en comentarios poco honrosos, empeñó un día su acción autoritaria de mujer fuerte y de cristiana valerosa. Sabiendo en cierta hora que la cogería flagrante, entró en su casa, y

amenazadora, acabó con los hechos de los que la aldea era testigo y eran en prejuicio de todos.

Al pasar esos pillos que tocan las puertas de las casas para mover a compasión, con vestidos que mal les cubren el cuerpo, Margarita los llamaba y les remendaba la ropa, juntaba pedazos y tiras para sus vestidos y los despedía con una palabra sobre educación: -“¿No os avergonzáis ante vuestro Ángel de la Guarda? Ciertamente él se cubrirá el rostro por haber confiado a ustedes el cuidado de niños que no respetan el pudor”.

En los días de verano, cuando el calor convida más a esas vestimentas, en la pequeña aldea de Margarita, ninguna jovencita habría osado mostrarse en público vestidas indecentemente. ¡Hasta esto llegaba el prestigio de la santa mujer!

La misma caridad usaba con las mozas que sabía corrían algún peligro moral. Las llevaba a su casa, les daba alimentos y ropa, y las orientaba con buenos consejos para que no se entregaran a cualquier peligro, cortando así de raíz el problema, porque la miseria material lleva muchas veces la bajeza espiritual.

Muchas de ellas afirmaron que Margarita fue la Madre providencial y cariñosa. El poder de la virtud siempre es grande- ¡La caridad vence todo!

Bandidos y policías

Dos nombres enemigos. Dos clase de personas que huyen una de la otra. Pero la caridad tiene el gran papel de aproximar a los seres mas apartados. Si la justicia abre abismos... la caridad los llena. Sobre el techo de la casa de Margarita se dieron esas aproximaciones que tienen el sabor y la gracia “sui generis”. Vale la pena contarlo.

“Haz el bien y no mires a quien” es una sentencia profundamente evangélica. Dios también así lo hace: manda el sol y la lluvia para todos, somos sus hijos y Él, ante todo, se siente Padre. Oigamos: La pequeña y rústica casa de Mamá Margarita esta ubicada en un lugar solitario, entre bosques y viñedos, por lo que era visitada muchas veces, en la noche, por bandidos que en esos tiempos, abundaban por todas partes. Huían de los pueblos y de la policía que los perseguían, eran el terror de las aldeas, donde acostumbraban asaltar las

casas y las personas.

Se hablaba de ellos como de los seres más peligrosos. Margarita no los temía, los abrigaba en su casa. Y como la caridad vence todo, ella hacía de ellos unos mansos corderitos. A altas horas de la noche, se aproximaban a la casa hospitalaria y, en voz baja, pues toda prudencia era poca, porque la policía los perseguía, llamaban a la patrona de la casa.

Bandidos y policías

Dos nombres enemigos. Dos clase de personas que huyen una de la otra. Pero la caridad tiene el gran papel de aproximar a los seres mas apartados. Si la justicia abre abismos... la caridad los llena. Sobre el techo de la casa de Margarita se dieron esas aproximaciones que tienen el sabor y la gracia “sui generis”. Vale la pena contarlo.

“Haz el bien y no mires a quien” es una sentencia profundamente evangélica. Dios también así lo hace: manda el sol y la lluvia para todos, somos sus hijos y Él, ante todo, se siente Padre. Oigamos: La pequeña y rústica casa de Mamá Margarita esta ubicada en un lugar

solitario, entre bosques y viñedos, por lo que era visitada muchas veces, en la noche, por bandidos que en esos tiempos, abundaban por todas partes. Huían de los pueblos y de la policía que los perseguían, eran el terror de las aldeas, donde acostumbraban asaltar las casas y las personas.

Se hablaba de ellos como de los seres más peligrosos. Margarita no los temía, los abrigaba en su casa. Y como la caridad vence todo, ella hacía de ellos unos mansos corderitos. A altas horas de la noche, se aproximaban a la casa hospitalaria y, en voz baja, pues toda prudencia era poca, porque la policía los perseguía, llamaban a la patrona de la casa.

La buena mujer salía hasta el fondo del patio y los necesitados, exhaustos y llenos de hambre le decían: “Buena señora, denos algo de comer.

Dolida de aquella miseria, los convidaba a entrar a la cocina y encendía la lumbre para prepararles la cena. Devoraban todo cuanto les presentaba en la mesa.- “Gracias, señora, y si no fuera atrevimiento (decían humildes) ¿no habrá un pedacito donde dormir? –“Vayan al desván, hay una buena paja... y apuntaba

hacia una escalera de madera... los figurones barbudos, feos como la noche, subían tanteando, a la mortecina luz de aceite que Margarita levantaba por encima de su cabeza... en cuanto las maderas viejas rugían bajo los pies de los hombres, que quizá llevaban en su alma el peso de muchos crímenes. Pero un ruido, más como de un lamento, como una palabra repetida en coro... “Buena noche” y después nada... nada.

No están bien así, a veces hablan de sus planes... hasta que se duermen profundamente, se sienten seguros bajo las alas de la caridad cristiana, que hace el bien sin mirar a quien. Pero no es sólo eso. Es que la caridad en el decir de San Pablo, vence todo y también lo que parece invencible, aun los corazones empedernidos y los corazones malos.

Frecuentemente, al despedirse de la bondadosa campesina, los hombres conmovidos quieren besarle la mano. Humilde y renuente, Margarita reacciona: “No, esto no lo quiero, lo que exijo es que recéis vuestra oraciones.

La promesa formal era espontánea y pronta: -Sí, buena señora, nada nos cuesta, rezaremos, rezaremos”... y el pensamiento de un Dios que nos ve, que

nos juzga, ¿habrá conmovido a estas almas infelices?

Lo más curioso que llegó a suceder fue que apenas los bandidos se habían recogido en el desván, tocaban a la puerta los policías. Acostumbraban pasar por allí a la espera de la diligencia que los llevaba para Turín. Si ellos supieran, si adivinaran... con la policía no se juega. Ni por la cabeza les pasaba la sospecha de que, mientras tomaban en la cocina un plato de caldo, sus “protegidos”, también estaban en el cuarto próximo, separados unos de los otros por una sencilla puerta carcomida y algunas hojas de papel colocadas en lugar de vidrios.

Margarita no aceptaba retribución de nadie, ni de los vendedores ambulantes, que eran los más asiduos feligreses de aquella casa hospitalaria. –“Yo recibo a todos como amigos y nunca pensé en hacer comercio”. No hay recuerdo de ningún infeliz que haya tocado la puerta en vano. Y si acudían necesitados eventuales, lo hacía con más generosidad y ternura aun que con los verdaderos pobres.

En una noche invernal, un miserable se

presentó a suplicar abrigo. De dentro del calzado roto mostraba los pies llagados y congelados... pocos andrajos le cubrían el cuerpo esquelético. Los hijos de Margarita nunca olvidarán, ya avanzados en edad, el infeliz que junto a ellos se sentó en el fogón. Ni olvidarán el cariño con que la madre lo recogiera... y platicaban como la pobre campesina, arrodillada delante de él, le envolvió con un grueso paño los pies llagados, entristecida por no tener otro calzado que darle.

En la intimidad del hogar

Hacer el bien a los extraños no es tan difícil como hacerlo a los de la propia casa. Habrá quien juzgue paradójico esta afirmación, pero se engaña. ¡Cuántas cosas ocurren para volver difícil nuestro cumplimiento de este deber! Deber, sí, porque la caridad ha de ser ordenada... ordenada para las personas que apoya, ordenada para los bienes que tiene, ordenada para los que debe socorrer.

Dios yo y el prójimo, son las tres categorías de personas que abarca la caridad. Bienes espirituales, bienes corporales, bienes de fortuna, constituyen el orden que ella lleva en su

acción. Necesidades espirituales, necesidades corporales, son el hilo conductor del orden de esas necesidades y que se siguen en esa acción.

La caridad para con Dios debe ser perfecta, sin restricciones, delante de Él, todo es nada, porque sólo Él es infinito. No podemos decir lo mismo de la caridad para con nosotros. “¿Quién cómo Dios?” hay casos en que nos debemos pasar para grados inferiores en la escalera de la caridad. Hay necesidades de nuestro prójimo que valen más que las nuestras. Hay intereses comunes que están encima de nuestros intereses.

El egoísmo, muchas veces nos venda los ojos, y la ignorancia, nos puede disculpar de ciertas aberraciones. El prójimo... ¿quién es para nosotros nuestro prójimo? La respuesta es fácil, pero no es tan bien comprendida cuando juzgamos, tal vez necesitase de ser conocida por muchos la parábola encantadora, contada por Jesús, del Buen Samaritano. El prójimo es todo hombre sin excepciones. En la escala del prójimo, el primer lugar lo ocupan los parientes. Excluirles no es caridad bien entendida ni bien ordenada.

Margarita, que no había estudiado tratados de Teología, pero tenía todo el sentimiento y la comprensión de un alma elegida, vivía estos principios. Dios se encarga de instruir a los que procuran con rectitud los caminos de la verdad y aborrecen la falsedad. Cuando esto no se da en las almas se apaga la llama del verdadero amor, y aparecer para atormentar la vida familiar y social con sus más funestos dolores.

Las pruebas de una tesis

En un soneto, leemos las negras letras de una poesía que no eleva. No eleva pero enseña una triste realidad de este mundo, donde Cristo fue exilado y con Él, la suavidad de su doctrina. El reino de los muertos tuvo siempre su poesía y sus poetas.

Dice el soneto:

**Puede aun vivir sumergido
en agua, en fuego, hasta tal vez en el
infierno...**

Pero, con una suegra...es imposible...

Sabía el autor que, cuando la religión entra y es vivida en una casa, el nombre de suegra es sinónimo de “madre”. Entre Margarita y su suegra hubo desde el primer día la mayor comprensión y

amistad. Se entendieron siempre y se apoyaron en la tarea de la educación de los hijos, para no desvirtuar la obra ni desprestigiar la autoridad de cada una.

Vivieron en la mayor armonía en los intereses del hogar y se apoyaban en la misión de hacer el bien. Ciertamente, la mayor virtud fue practicada por Margarita que, aunque más joven, era la señora de los bines, la verdadera ama de la casa. Pero, aún así, se mantenía sujeta a ella como a su propia madre y así la trató siempre. A los ochenta años, la suegra tuvo muchos achaques y tuvo que guardar cama. No le faltó nunca la asistencia más amorosa, ni de día ni de noche.

Hubo quien, al ver los gastos médicos y tantas medicinas y mimos, se atreviera a reprender a Margarita, aduciendo que, en persona de esa edad, no valía la pena gastos, que un día podían hacerle falta a los hijos, pero la buena mujer se defendió valerosa y lealmente: “Es la madre de mi marido, y por tanto, mi madre también. Debo respetarla y servirla, se lo prometí a él. Yo quedaría contenta, si con todos los gastos, pudiera prolongarle la vida aunque sea unas horas”.

Y la buena viejecita reconocía la deuda y lo demostró antes de morir. Ante los nietecitos, reunidos alrededor de su lecho, les recomendó: “Sed obedientes con vuestra madre, imitadla siempre y trátenla como ella trató a la abuelita, ella es quien, en tantos años no me dio el más pequeño disgusto. Consuélenla siempre como merece, no os pido otra cosa”. Después de despedió de Margarita con un conmovido abrazo, y quiso manifestar su gratitud diciéndole: “Sólo en el cielo te podré pagar lo que hiciste por mí. Te espero allá, para que vivamos juntas como aquí en la tierra”.

San Pablo dice: “¡La caridad nunca acaba!”

...A dirigir un Grande

un camino en la vida

Director es quien estudia, orienta, ampara, defiende y dirige. La mujer tiene este encargo por su maternidad, es la primera directora de los niños. Fue de sus entrañas que el Creador hizo la primera defensa de esa vida débil e impotente, para salvarla de los elementos perjudiciales que va teniendo en su

desarrollo.

De su calor, de su leche, de su cariño hecho de sacrificios se alimenta esa vida en botón. Pero la misión delicada e importante no acabó. En el hogar, en la intimidad, el gran papel continúa. La madre estudia a su hijo, lo ampara, lo orienta, lo dirige. El padre, a quien cabe el sustento de la familia y su cuidado, confía siempre esa tarea a la esposa. Se limita

A dirigir un Grande

un camino en la vida

Director es quien estudia, orienta, ampara, defiende y dirige. La mujer tiene este encargo por su maternidad, es la primera directora de los niños. Fue de sus entrañas que el Creador hizo la primera defensa de esa vida débil e impotente, para salvarla de los elementos perjudiciales que va teniendo en su desarrollo.

De su calor, de su leche, de su cariño hecho de sacrificios se alimenta esa vida en botón. Pero la misión delicada e importante no acabó. En el hogar, en la

intimidad, el gran papel continúa. La madre estudia a su hijo, lo ampara, lo orienta, lo dirige. El padre, a quien cabe el sustento de la familia y su cuidado, confía siempre esa tarea a la esposa. Se limita a compartir con su ayuda, con su consejo y a intervenir con su fuerte autoridad de hombre, para apoyar la palabra de la madre y maestra.

Pobre casa, en la que la maestra no sabe ocupar su puesto. Pobre hogar en el que la incomprensión entre los esposos es contraria a las grandes lecciones de la primera educación. Es un reino dividido, destinado a destruir y destruirse.

Un problema que es necesario encarar y resolver en la escuela familiar y uno de los más importantes sin duda, es el de la vocación de los hijos, esto es, el llamado a un estado particular, y en ese estado, a un ramo particular de actividad. Todo hombre tiene su vocación, seguirla es responder obediente a la Providencia, principio de todo orden, que, dando la vida a cada uno, le marca el lugar y el papel en la armonía de los seres criados para formar la gloria del Señor Supremo, de quien todo depende.

La felicidad personal, familiar, nacional e internacional, se asienta en gran parte

sobre esta cuestión básica. ¡Ay de quién se equivoca al escoger! ¡Ay de quien parte, equivocando el primer paso!

Recae sobre las madres esa primera responsabilidad. La inexperiencia del hijo y su futuro, le está entregado por principio natural, es delicada la misión que ellas tienen. Mamá Margarita enseña al mundo femenino y le da esta lección de alcance vital.

Ponderación y buen sentido, espíritu altruista y cristiano resalta de su figura de mujer, de Madre, de educadora. Si es fácil prever lo que será Antonio, el hijastro, rudo, interesado, agarrado a su trabajo, si también es fácil pronosticar el futuro de José, inteligencia equilibrada, carácter bondadoso, muy preocupado y amante del sosiego del campo, era más difícil adivinar lo que sería Juanito, el más pequeño de los tres, pero el más completo como hombre, muy superior a sus hermanos.

Juanito era un alma ardiente, corazón cautivante, memoria excepcional, experto y habilidoso. No había oficio que no aprendiera con su espíritu observador. Sabía de zapatero, de sastre, de carpintero, de cerrajero. Poco pensaba entonces que, en el futuro, debía ser

oficinista, vestido con la sotana sagrada de Padre.

Poco hablador, ponderado en su conversación, escrutador del pensamiento y del carácter ajeno, alegre, de una piedad absoluta y convincente. Tenía los dotes de un excelente educador. Reconocemos, después de los hechos expuestos, cuanta era la preocupación en el corazón de la madre. Aunque poseyendo en la mano el hilo conductor de los hechos de toda su vida infantil, que era tan excepcional, teniendo que darle su consejo y su palabra orientadora, no uno, sino muchos signos de interrogación, todos ellos abrumadores y humanamente insolubles, se presentaban en el espíritu de Margarita.

Era tan sencilla su vida, tan alejada de todo convivio, tan ignorante de todo lo que es mundano, era tan pobre su casa... Dios Santo, que enigma para la humilde campesina. Seguirá siempre los pasos de su pequeño, desapercibida, de lejos y confundida entre los demás. En la noche, en las largas noches de invierno, desmenuzaba lo que le acontecía a su Juanito, no sin tristeza, por no saber a donde iba a acabar todo.

Desde los cinco años, lo veía rodeado de niños, haciendo de catequista, más tarde de saltimbanqui y de predicador rodeado de adultos. Margarita andaba preocupada, como tanteando, en procurarse una luz...

A los nueve años, el hijo le cuenta a la familia el sueño misterioso. Verá en él a las fieras transformadas en corderitos, verá a pequeños delincuentes transformarse por su acción en jóvenes honestos. Allá también aparecerá una linda Señora con palabras que oscurecerán la verdad: “A su tiempo todo comprenderás”

De los familiares, cada cual quiso dar su parecer...

-Serás jefe de bandidos... –dice Antonio

-Serás pastor de ovejas... –dice José

-Los sueños no dicen nada, ni se les debe dar importancia –sentenció la abuela.

Y después de unos momentos, mirando profundamente al hijo y como entre dientes, meneando la cabeza y abriendo los ojos: -“Quién sabe... quien sabe si no llegarás a Padre...” –osó comentar, titubeando, Mamá Margarita.

Pero, ¿quién podía saberlo? Margarita no

quería de forma alguna influenciar al pequeño, porque sabía que la madre no debe hacerlo, ni nunca debe ir contra las inclinaciones del hijo, a no ser que sean abiertamente perjudiciales. El buen jardinero que violenta al vida de la planta, le quita el perfume, el color y la vida. A ella sólo competía educar y educar bien, para que la plantita no se curvase ni se sofocase entre las demás hierbas. En sus rezos diarios, el nombre y el futuro de sus hijitos era el objeto principal, consciente de que todo el bien y todo el auxilio vienen a los hombres por la mano de Dios.

Hubo un día en que alguien percibió la preocupación de Mamá Margarita... el pequeño saltimbanqui danzaba en la cuerda ágilmente, sosteniendo la respiración de los espectadores. Era una multitud... la madre, apoyada en la puerta de la casa, asistía. Mirando sin ver, absorta en un pensamiento preocupante. Ese alguien se aproximó con mansedumbre, a retroceder para no perder de vista las bravuras del atleta y: ...¿Margarita, qué dices a todo esto?

La buena campesina volvió de sus recuerdos, volvió en sí como de un sueño profundo... no respondió... distraídamente, preguntó también: “¿Tú

que conjeturas sobre el futuro de mi hijo?...” era el pensamiento que la atormentaba, que se escapaba inconscientemente de su alma.

Sabe de espinas

La vocación se manifiesta más o menos clara y fuertemente en cada uno. Toda vocación, inyectada a la fuerza, tiene una existencia artificial que se ablanda hasta morir en seguida, trayendo desilusiones amargas y casi siempre, consecuencias irreparables. Los padres, unas veces sin querer, otras con culpa, son los que escogen el camino de los hijos, desviándolos de su verdadera vocación. Entra en este trabajo delicadísimo de la orientación el egoísmo, el materialismo, la falta de preparación para el papel educativo en la familia, el descuido, la confianza ciega en el medio y, casi siempre la poca estima por las leyes o la incomprensión de la gravedad del mal.

El niño, acostumbrado a vivir de imitaciones, se deja llevar, incapaz de reaccionar, olvida las primeras ideas de su niñez, cambia de gustos bajo la acción del exterior que lo influencia. Se escribe que el niño es como la cera. El cuidado de los padres es siempre muy

poco para precaverlos de las impresiones extrañas y funestas. Les llamamos extrañas porque, cuando no colaboran con Dios y con los padres para la mejor educación del hombre, no tienen derecho e entrometerse en la gran escuela de la familia. Margarita, aunque sin estudios comprendía muy bien esta verdad capital.

Daba a Dios el lugar que Le competía en el corazón de sus hijos. Los aproximaba a Él lo más posible, para que les hablase con todo el “a voluntad” y, acariciado por su inocencia, la virtud indispensable para que Dios se aproximé al hombre, los llenase de santas gracias e inspiraciones.

-“No prohibáis que los niños vengan a Mí...” Jesús considera delito esa prohibición e, cuando son los padres los que lo cometen, es un conjunto de delitos. Contra la influencia de extraños, Margarita reaccionaba con firmeza sin igual. Levantaba su voz de mujer, escudada en la fuerza de la madre, en defensa de sus hijos y de su candidez.

-“A vuestra edad, al menos por respeto a vuestro cabello blanco –reprendió a un viejo- en ve de dar buen ejemplo, escandalizáis a los jóvenes, ¿no os da

vergüenza?...”

otra vez, a dos mozos que en voz alta hablaban con inconveniencias, les aconsejó que acabaran con tales indignidades. Rompieron los atrevidos con una carcajada, Margarita, consciente de que sólo la fuerza vale sobre quien es bruto, mostró entonces que, en terreno perteneciente a su casa, sólo ella mandaba y no consentía que quedase allí ni un momento; ni entonces, ni nunca más. Y mandó llamar a los parientes de los jóvenes, que los obligaron a retirarse.

Comentaba casi siempre tales hechos, a los que habían asistido los hijos, con grande tristeza: “Preferiría vuestra muerte, a que os volviesen como ellos”

Don Bosco, ya avanzado en años, conservaba escritas en el alma y no en papel las palabras que Mamá Margarita le dijera en el día de su primera Comunión. Vale la pena citarlas:

-“Hijo mío, este es para ti un gran día. Siento que Dios tomó posesión verdaderamente de tu corazón. Prométeme, hijo mío, hacer todo lo que puedas para conservarte bueno hasta el fin de tu vida. En el futuro, vas muchas veces a comulgar, pero guárdate de los

sacrilegios.

“Sé sincero en la confesión, sé obediente, frecuente de buena voluntad la doctrina, oye atento la palabra del Señor; pero, por amor de Dios, huye como de la peste, de los que acostumbrar hablar mal.”

El pedregal que nosotros queremos salvar, está rodeado de una selva de espinas. Sólo así es que los botones florecen... ¡Los hijos son lindos botones!

El llamado

El girasol procura la luz... y la sigue. Es el fenómeno que se repite en todos los seres.

-“Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón”.

Una educadora experta no descuida los síntomas más pequeños de las almitas que le pertenecen y que debe dirigir. Las señales orientadoras de una vida llegan a ser imperceptibles, pero son de tanta importancia, que es menester captarlos para después utilizarlos.

Esta es la lección de la historia que se

repite para todos los que la desean como maestra. Es un libro donde hasta el analfabeto sabe leer, el libro abierto por la sabiduría infinita de Dios. Basta estudiarlo con sinceridad de alma y guiarse por él con humildad de corazón, porque los instrumentos escogidos para escribir en ellos la grande lección, son los pequeñitos, a quienes Dios más se complace en entregar Su ciencia...

En las manos del Señor, los pequeñitos se transforman, se elevan hasta ocupar lugares eminentes entre la gente. Es el camino de Juan Bosco, guiado por la mano de una humilde campesina. Paso a paso, sigamos la subida del gigante. Por la cuesta de los Becchi serpentea un camino solitario como blanca cinta entre el verde del campo, cubierto de tiempo en tiempo por los castaños antiguos y por los viñedos exuberantes.

Quien busca descanso o distracción bienhechora, la tiene en abundancia, con ese contacto silencioso matizado de colores, de frescuras balsámicas y variados horizontes. El alma, que se aplasta por la materia y por la cruz de la vida, alivia el peso de tanta cosa inútil y dolorosa, se renueva de energía y sube más libre para las alturas que la rejuvenecen y la alientan.

En las tardes, en muchas tardes primaverales y de otoño, el bondadoso párroco acostumbraba encaminarse para allá en su paseo. Era breve el descanso que le consentía el trabajo exhaustivo de la vasta aldea. Aprovechaba para rezar el oficio o, cuando estaba más cansado, para hojear un libro, o el amigo apreciado por su rarísimo saber.

Juanito se encontraba frecuentemente con él, el hombre venerable en su sotana, de cabello blanco y hasta los hombros, como era costumbre en esos tiempos. La figura del Padre se le insinuaba en el espíritu, se grababa en esa alma pequeñina... hablando altamente a su imaginación. No desconocía su papel al menos en las principales actividades. Se hacía una idea altísima del Padre... lo veía aureolado de una luz divina. Le hacía muchas preguntas a su madrecita para conocerlo cada vez más. Y ella, paciente, moderada con los ojos de la fe, respondía y explicaba todo al hijito querido, sin pensar que sus instrucciones eran simientes providenciales que habían de germinar y hacer de él un lucero del sacerdocio católico, cuyo brillo llenará de prestigio esta clase tan despreciada por el mundo.

La figura del Padre, se delineaba gigante en la mente de Juanito. Necesitaba verlo, deseaba oír una palabra de su boca. Experimentaba una vehemente ansia de ser amado por él. Es el girasol que procura... seguir la luz...

Apostado en un arbusto frondoso a la vera del caminito, esperaba verlo a la hora de su paseo, por días seguidos... no siempre se aparecía el párroco, pero cuando lo avistaba de lejos, se alegraba mucho, y pasando a su lado, le hacía una reverente venia, con una sonrisa que invitaba a una aproximación más familiar... pero el Padre respondía de una forma muy reservada, y aunque con amabilidad... continuaba su camino.

Y Juan, con el mayor respeto, regresaba para casa... con los ojos llenos de lágrimas.

-¿Hay novedades? –le preguntó su madre.

Y el niño, conmovido: - “Ni siquiera me dice una palabra – y solloza.

La madre, disculpa: -Es un digno sacerdote, demasiado culto para conversar contigo, que mal sabes hablar. -Pero, al menos, al menos unas palabras... sólo por unos minutos....

-¿Qué debía decirte? Sabes que es hombre de mucho trabajo, en el confesionario, en el púlpito....

-Y nosotros –atajó Juanito- ¿no somos ovejitas de su rebaño?

-Pero, es que no podrá detenerse...

-Jesús, ¿no daba parte de su tiempo a los niños?...

El pequeño tuvo un profundo suspiro y en cuanto a la madre, en el hogar, disfrazando lo que le andaba en el alma, cogía maquinalmente unas ramas secas para atizar el fuego, aunque no lo necesitaba, ya que estaba en llamas, lamiendo por todos lados la olla ya humeante.

-¿Pero, qué quieres hacer? Dice Margarita, como para terminar la conversación.

Juanito dejó la mesa en donde estaba sentado y se alejó de ella. –Ciertamente no puedo hacer ni decirle nada, pero verá, madrecita, si yo llego a ser Padre, seré todo para los niños. Procuraré aproximarme a ellos, amarlos, para ser amado por ellos.

La estufa crepitaba en llamas; también en llamas estaba el rostro de la campesina y en llamas su espíritu... se limitó a sonreír y a asentir con la cabeza, mientras

continuaba preparando la cena... siguió trabajando y recordó la descripción del sueño de las fieras y de los corderitos... revivió la escena de los pequeños rodeando al hijo... los cánticos de la gente, guiados por él y, contra su costumbre, dejó caer una lágrima delante del hijo que, en toda la tarde quedó como arrebatado por la visión de su futuro y ni siquiera reparaba en su madre, que por su causa, estaba profundamente conmovida...

Un grande problema se delineó más claro: Esa era la vocación de Juan Bosco. ¡Debía ser Padre!

Por el camino lleno de espinas

Analizado este problema más de cerca, delante de la realidad, Margarita se sentía pequeña e incapaz de resolverlo, con la serie de dificultades que lo acompañaban. Pueden catalogarse así:

-La falta de medios financieros.

-El carácter del hijastro, que era contrario a trabajar por los hijos de los otros – como él decía- y cuyos bienes aún estaban unidos, por ser los pequeños de Margarita menores de edad. Rudo y contrario a todo, como era, jamás consentiría que se gastara dinero con el

**“señorito” deseoso de estudiar;
-la ignorancia de Juanito que, por estar la escuela tan lejos, aun no sabía leer ni escribir.**

El caso era humanamente imposible. Pero él, en los coloquios íntimos de familia, insistía firmemente ser su vocación la de ser Padre. Y cuando la voz de Dios llama, quien lo quiere, quien lo ama por encima de todo, le responde pronta y generosamente.

Margarita era de estos y por nada del mundo dejaría de serlo. Como madre, debía participar de la vida de su hijo, de sus alegrías, de sus dificultades, de sus espinas... es lo que quería a toda costa.

Si la buena voluntad y la cooperación constante quitara algunos de los obstáculos que tiene delante y que sólo ella, como experta puede evaluar, ya Juan, a costa de sacrificios heroicos quitará otros más.

Cuando esto se da y los hombres responden a la voluntad de lo Alto con firmeza, la Providencia interviene con sus auxilios extraordinarios e inesperados. Confiaba en esta promesa, inspirada por la fe practicada. Y no fue engañada.

Un bondadoso sacerdote, por una coincidencia inexplicable, se ofreció para dirigir al pastor de los Becchi en el camino de sus primeros estudios. Al faltar trágicamente, llamado por Dios, Juan suplió esa falta, sometiéndose a kilómetros diarios de camino, y sujetándose por fin a servir fuera de casa para ganar su pan y estudiar al mismo tiempo.

La prudencia y la constancia de su madre se impuso a las pretensiones injustas y violentas del hijastro, alcanzando por vía legal la partición del patrimonio familiar. Con su economía supo ahorrar en el trigo y en los frijoles del gasto diario. Y cuando se agotaron los medios a su alcance, la humildad inspiró a los dos, madre e hijo, el extender la mano a la caridad.

La gratitud y la estima ganada entre sus conocidos, llevó a estos a hacerse con porfía una pequeña suscripción para el gasto del estudiante, que en poco tiempo mereció por su conducta y aplicación entrar en el Seminario Diocesano y vestir la sotana de Padre, aureolada por la santidad la cultura y el espíritu apostólico y que lo llevará más tarde a la honra máxima de los altares, para decirle

al Cielo y a la tierra la gloria del sacerdocio católico y la grandeza de aquella que fue su madre, en el sentido pleno de la palabra.

En pocos trazos son esos los pasajes de la epopeya en que brilla la ascensión de un “Grande” y las virtudes de su bondadosa madre.

Palabras memorables

Mientras fue necesario, por razones de economía, Margarita permitió a Juan ir a la escuela y regresar todos los días, cuando menos en la estación más cálida. Eran cuatro leguas a pie, la madre, cauta y previsora, recelaba de entregarlo a extraños, que no lo iban a cuidar como ella lo hacía. Sabía que esto no podía durar siempre, y fue entonces a buscar alojamiento en una casa particular de probada honestidad.

El adiós de la madre fue sellado con una frase que nunca olvidó: “Sé devoto de Nuestra Señora”.

Acabando con los máximos honores el quinto año, al pensar más a fondo en su vocación y pareciéndole que la vida de Padre secular no era para él, Juan

decidió ingresar en una Orden religiosa para entregarse al estudio y a la meditación. Su madre nunca se opuso a su voluntad en este asunto y jamás manifestó deseos interesados en relación al futuro de su hijo. Cuando éste pedía su parecer o se mostraba preocupado de que a su madre, por el casamiento de José, quedase sola o sujeta a incorporarse al nuevo hogar, ella daba siempre la misma respuesta: -"Yo no espero ni quiero otra cosa de ti, a no ser tu salvación eterna".

Su párroco, al serle pedidos los documentos para que su seminarista entrara con los Franciscanos, juzgó prudente exponer a su parroquiana lo que pasaba. Una tarde fue a propósito a casa de Margarita. Cuando le comunicó la deliberación de su hijo, le habló de las necesidades de la diócesis, de la conveniencia de disuadirlo para que se quedara en el seminario y entrar después a la vida parroquial. Su talento y sus dotes especialísimas le habían ganado un lugar de distinción y más lucrativo:

-“Procure convencerlo. Usted no es rica, su edad pronto necesitará una vida de más descanso y tendrá en su Juan el amparo y el auxilio en todo. Si él fuera para el convento, ¿cómo podría usted vivir? Es por su bien que vengo a

prevenirla”.

Margarita agradeció la visita y la solicitud, sin pronunciar palabra sobre lo que pensaba. Al día siguiente, fue a visitar a su hijo, que se encontraba en Chieri. Se presentó con el mismo cariño de siempre y, a solas con su Juan, entro inmediatamente en el asunto: “El párroco, siempre tan bondadoso, fue a verme para decirme confidencialmente que quieres entrar en una Orden. ¿es verdad?”

-Es verdad, madre mía. Pienso que no tenga nada en contra.

Margarita miró profunda y largamente a su hijo. Si este no conociera a su santa madre, podía sentir en ese instante lo que en general siente todos los que deben decidir con sus superiores los grandes problemas de su vida.

Ciertas revelaciones levantan tempestades que parecen aniquilar... el corazón flaquea, las incertidumbres se multiplican como fantasmas aterradores en el espíritu de quien se cree víctima de un enemigo que de repente se yergue amenazador, a estorbarle el paso.

Nada de esto se dio en Juan, porque sabía que la santa madre ambicionaba

antes que todo la gloria de Dios. Y también él no quería otra cosa. Aun cuando el consejo de ella fuese contrario, habría sido según veía, la voluntad de Dios el hablarle al corazón, pronto a seguir al Maestro hasta el fin.

Pero no. La santa mujer no venía a detener el paso del generoso estudiante. Venía a ayudarlo, a abrirle más el camino e iluminarlo de una luz más sobrenatural y sin querer, venía a hacerle el más bello panegírico de su espíritu cristiano y de madre admirable.

Venía, cuidadosa, a apoyar la vocación su vocación que podía sufrir con la ingerencia de quien no ve las cosas por el lado debido. No hay quien, leyendo esto, que no sienta un estremecimiento y una admiración profunda, la misma que nosotros sentimos delante de las grandes actitudes de los santos.

Después de la pregunta de Juan, Margarita se aproximó más a él. Tomó un semblante más grave y con una bondad que quería insinuarse y convencer. Era el coloquio entre dos almas.

-“¿Preguntas si yo tengo alguna razón para oponerme? No la tengo, pero quiero que estudies con el mayor cuidado el

paso que pretendes dar... y después, sigue sin importante de nadie. La primera cosa que debe preocuparte es tu salvación eterna. Nuestro párroco quería que te disuadiese pensando en mis posibles necesidades. No, hijo mío, yo no cuento en estos asuntos, porque son sólo de Dios. No te preocupes por mí. De ti no quiero nada y no espero nada. No te olvides, nací pobre, viví en la pobreza y así quiero morir. Te digo, si llegaras a ser padre diocesano y te volvieras rico, nunca te haré una visita, no pondré un pie en tu casa. Grávate esto, recuérdalo siempre”.

Al pronunciar estas palabras, el rostro sereno de Margarita se sonrojó de tanto esfuerzo y su voz vibró tan enérgicamente, que Juan quedó impresionado. Cuando volvió a sí, se encontró abrazado a su santa madre. Se juntaron las lágrimas de los dos para cimentar la más bella enseñanza en su ideal de sacerdote.

Este amor por la pobreza y la delicadeza de conciencia de no aceptar ayuda que viniese de su ministerio sacerdotal, en Margarita no era una palabra vana. En las verdaderas necesidades materiales, ni ella ni José, nunca le pidieron cosa alguna a Don Bosco, pero siempre

contribuyeron con sus pequeñas ayudas para apoyar a los niños desamparados de sus colegios.

Consejo de un santo a otro santo

No fue sin mucha reflexión que Juan resolviera entrar en la Orden de San Francisco, llegó hasta a presentar su pedido, que fue aceptado como consta en los archivos de la Orden. Sentía inclinación hacia el estado religioso y la sentía confirmada al ver la pobreza de la familia, al sentirse impotente para costear sus estudios.

En su peregrinar, al buscar los documentos para entrar con los Franciscanos, con el costal de su pobre ajuar a cuestas, se encontró con quien lo disuadiera y se apresuró a buscarle la ayuda, dándole el consejo de consultar a un santo sacerdote, Don José Cafasso. Además de esto, en un sueño reciente, se le desaconsejaba esa entrada, tuvo que seguir otra salida, un personaje misterioso le apuntaba hacia una multitud de niños que necesitaban educación. Parecía aclarar esto las palabras del Padre Cafasso que, con intuición de santo, le dirigió el día que fue a exponerle sus planes y sus recelos.

-“Continúe sin miedo sus estudios, entre en el Seminario y obedezca lo que le pide y prepara la Providencia”.

El 29 de septiembre de 1835 vestía la sotana en una iglesia parroquial de su feligresía. Toda la gente rodeó de alegría y respeto al nuevo seminarista, con generosa solidaridad le llovieron las ayudas para su ajuar.

Margarita asistía humilde, como al margen de los acontecimientos, apreciando y ponderando lo que pasaba. Ya en la noche, en vísperas de la partida para el Seminario, cuando acabó la despedida de los amigos, se acercó a su Juan, que con su sotana le parecía otro y le dijo: -“Hoy te revestiste del hábito sacerdotal, tu madre experimenta hoy todo el consuelo que le puede proporcionar la suerte maravillosa de un hijo. Pero recuerda que no es la sotana la que honra tu estado, sino la práctica de la virtud... si dudarás un día de tu vocación, por el amor de Dios, no deshones este hábito. Déjalo. Prefiero tener en mi casa a un humilde campesino y no un padre poco cumplidor de sus obligaciones. Cuando naciste, te consagré a Nuestra Señora; comenzando a estudiar, te aconsejé la devoción a esa Madre, y ahora te pido que seas todo de

Ella. Ama entre todos a los más devotos de la Virgen; si llegas a ser Padre, recomienda y propaga siempre su devoción”.

No podía llevar en su alma recuerdo más santificador. La Reina de los Apóstoles nunca más lo abandonará.

El gran día

5 de junio de 1841.

El día de la ordenación sacerdotal de un levita es día grande para una feligresía, para una diócesis. Día grande para el Cielo, día grande para el mundo, unidos por un gran lazo. Día de fiesta para los amigos, día grande para la familia que se ve enriquecida con un título de nobleza que Dios no concede a todos los hogares.

“Nadie toma para sí esa honra, sólo quien fuera escogido por Dios”. La primera Misa quiso Juan Bosco rezarla al día siguiente y con mucha intimidad, en el altar del Ángel de la Guarda en la iglesia de San Francisco. La segunda la rezó en le Santuario de Nuestra Señora del Consuelo, en acción de gracias por los beneficios que le obtuviera con su

Divino Hijo.

Es tradición en esa iglesia que los nuevos sacerdotes usen la casulla que usó el Santo Obispo de Ginebra, San Francisco de Sales. Nadie mereció tanto ese honor que Don Bosco, llamado a ser imagen viva de ese dulce santo.

Estaba lejos en Turín, pero sus coterráneos, se unían espiritualmente y vibraban de entusiasmo, ansiosos por su regreso. A su llegada, la madre, la buena mamá, rodeada por sus parientes más próximos, confundida entre las autoridades y toda la gente que no acaban con sus felicitaciones, asistía conmovida a la ceremonia solemne y a las demostraciones cariñosas para “su Padre”.

En la tarde de ese día, el Padre Juan Bosco, partiendo de Castelnuovo donde frecuentara su primera escuela, rehacía enternecido el camino de antes, diez kilómetros, reconstruyendo en el trayecto todo su pasado. Los campos, las viñas, las colinas, el horizonte, parecían tener en esa hora el poder mágico que tienen las palabras. A su voz, resucitaban los hechos de su infancia y de su juventud, sepultados entre las mil cosas aprendidas en los libros y las

vividas en medios más civilizados de la ciudad.

Se vio pastor al lado de su vaquiña, se sintió con la azada en la mano, en la labor diaria del campo. Revivió las ansias por su ideal... en el prado de las verdes cuestas, parecían sonreírle los árboles, que tanto ayudaron a sus juegos, a los saltos arrojados del antiguo saltimbanqui... ¡Cómo son admirables los caminos de la Providencia!

El Padre Juan subía lentamente el camino, absorto en todo su pasado y que en esa hora lo sentía tan próximo, lo veía tan claro, lo oía hablar elocuente a su alma.

Allá, arriba de la colina, atrás de la casa pobreciña, donde el camino curva bruscamente a la izquierda, se encuentra con el antiguo arbusto. Ramas frondosas, más que nunca cargadas de hojas y de flores, que parecen curvarse por la tierra para hacer un tapete en el camino por donde pasa en nuevo ministro del altar. Don Bosco para unos instantes a tomar fuerzas, a observar el poniente, donde el sol desapareciera, dejando, un cielo más lindo, rastros dorados, nubes incandescentes, hechas de púrpura... un encanto de luz.

El valle se extiende hasta los Alpes... el reflejo del cielo en las pequeñas ventanas de su cuartito le recuerda el sueño de los nueve años... siente en el fondo del alma una vibración insólita... la conmoción llena su pecho... las lágrimas colman sus ojos y caen abundantes, venciendo todo el esfuerzo y la energía de su carácter.

Lo que él veía y sentía hora, ya no era un sueño, era la realización del mensaje del Cielo. Abrumado bajo el peso suavísimo de la realidad, se apoya en el arbusto amigo para desahogarse, para llorar todas sus lágrimas... antes que su madre lo vea... sin que ella sepa. ¿Habrá recordado cuando, al pie de ese mismo árbol, esperaba por el sacerdote que no hacía caso de los niños?... necesitadas y ansiosas de que les hablaran y fueran amadas... recordaría su programa: “Si yo fuera Padre, consagraría toda mi vida a los niños...”

Ciertamente, pensó en todo... y solamente las sombra de la noche lo arrancaron del escondrijo amigo ofrecido por el arbusto amigo, testigo de sus ansias, de sus planes y en la tarde de ese día, de la más extraordinaria realización de todo...

Cuando tocó a la puerta de la cocina ya era de noche... la madre, se encontraba también en una gran lucha consigo misma y casi decidida a salir con José, al encuentro de su “Padrecito”. Don Bosco tenía los ojos hinchados, pero, por suerte, la luz del candelero era tan débil.... su voz también le salía ronca, pero no admiraba, el día tan lleno de emociones, el camino.... Se sentaron todos a la mesa y comieron la cena, la disculpa de Juan por la falta de apetito fue aceptada como muy lógica, después del banquete ofrecido por el Prior y había sido tan abundante...

Rezaron juntos las oraciones y Margarita aun quiso que su Padre se sentara unos minutos junto a ella, para hablarle en la intimidad y aconsejarlo.

¡No es un atrevimiento, no! El Padre también necesita, por ser siempre un hombre, de quien lo ayude en su espinosa misión... es una gracia cuando se puede contar con el amparo sincero de un alma que le quiere desinteresadamente, como le puede querer una madre cristiana, como Margarita.

-“Ya eres padre –le dice ella esa noche-

celebra la Misa, de ahora en adelante, vivirás más cerca de Jesucristo. Acuérdate, que celebrar ese Sacrificio divino quiere decir comenzar una vida de sufrimiento, aunque no comprendas en este momento esta verdad que tu madre te revela. Esto segura de que todos los días rezarás por mí, ahora que estoy viva y después de muerta, esto es un consuelo para mí y además es suficiente. No te preocupes más de mí, preocúpate sólo y únicamente de la salvación de las almas”. ¡Era el legado de su madre en esa gran hora!

¡Oh Santa y generosa madre, a quien el hijo le costó sacrificios y humillaciones sin cuenta! Le debe también, en ese gran día, el lema que será la aspiración y la vida del grande apóstol, de cuya influencia se beneficiará el mundo entero.

Quizá se quedó a dormir aquella noche, en el mismo cuarto del sueño, aquel sueño de los nueve años que Don Bosco escogió en sus armas y en su grito de conquista: “Da mihi animas, coetera tolle” “Dame almas, Señor, no quiero más”.

Dos almas en una mies ingrata

El primer nombre de un lindo catálogo

-“Señor, dame almas” fue con esta frase calurosa en los labios de las grandes apóstoles de todos los tiempos, que efectuarán revoluciones espirituales más benéficas y extensas que las de los mayores conquistadores de la historia. Antes de ser llamada subyugadora fue, en el caso de Don Bosco, centella salida del corazón de su gran madre Mamá Margarita.

El legado encontró en el hijo un altar y un culto. El día 8 de diciembre de 1841, el día de la Inmaculada Concepción, el legado tiene una consagración providencial con el encuentro del primer jovencito –la piedra fundamental que dio al mundo una obra salvadora. Después de Bartolomé Garelli vinieron decenas, centenas de jóvenes buscando al joven sacerdote.

Eran tantos niños, que fue necesario pensar en un lugar donde juntarlos, pensar en personas que ayudaran, que moralmente los amparen, al escoger la casa en los arrabales de Turín, donde se juntaba la escoria de la sociedad. El

problema se volvió más urgente debido a una dolencia gravísima, sólo un milagro podía vencerla y arrancar de la muerte a la vida preciosa de Don Bosco.

Parece entrar en los planes de Dios, juntar siempre la acción de los hombres escogidos para sus obras, con el corazón de una mujer. La mujer va a tener allí su lugar. Lo tuvieron tantas madres, deseosas siempre de acompañar a sus hijos en aquella escuela de moral cristiana. Lo tuvieron tantas señoras, que auxiliaron con su limosna esa obra de caridad. Lo tuvieron tantas hermanas religiosas, que sacrificaron horas de descanso para cuidar la ropa de los pequeños asilados.

Pero una, entre todas, tiene un lugar eminente al lado de Don Bosco junto a sus niños, en la dedicación sacrificada de todos los días, por muchos años, por toda la vida. La llamaban por el nombre más bello, el nombre de “madre”. Margarita fue esa mujer. Abrió el catálogo de las cooperadoras, que por el mundo, donde la Obra Salesiana abre acogedora sus puertas a centenas de niños necesitados de abrigo, de pan y de formación moral, proporcionando su apoyo por todos los medios y con cariño evangélico.

El momento de la invitación

Era el año de 1846. Después de una enfermedad, causada por el exceso de trabajo, Don Bosco, ya convaleciente, regresa a su tierra natal para fortalecerse. Tiene en su mente el estudio de un grave problema que lo tiene preocupado, escoger a una persona que lo auxiliara en su nascente obra.

Expuestas las cosas y las aprensiones a su párroco, le aconsejó llevarse consigo a su madre. El Padre Juan no quiso precipitarse en la resolución de tanta responsabilidad. Pero el párroco insistía: “Lleva a tu madre, no veo otra persona más apta, vas a tener a tu lado a un verdadero ángel”

Contra el consejo se erguían razones igualmente fuertes que un sacerdote, sobre todo un hijo como Don Bosco, no podía descuidar. Margarita era de veras un ángel, él lo sabía por experiencia... pero los ángeles –pensaba- obligados a vivir en un medio corrompido, como son los arrabales de una ciudad, donde se asentaba la Obra, se quedan tristes y a veces no resisten ese cambio tan radical.

No ignoraba que la vida a la que la obligaría llevar, era de muchas privaciones. Consideraba también otro punto que mucho le costaba encarar y vencer. Su madre en su casa, era una verdadera reina quien obedecía ciegamente. Bastaba que ella mandara, que expusiera sus deseos. Si la llevaba a Turín para que lo ayudara, se convertiría en su dependiente. Bastaba ese pensamiento para aniquilar a Don Bosco, se veía como el ciego que busca una puerta de salida sin encontrarla.

Reflexionó, rezó, rezó y reflexionó, al final, viendo que no había otra solución, concluyó: “Mi madre es una santa y por lo tanto puedo hacerle la propuesta”. Sin rodeos, pero muy humildemente, expuso su plan e hizo su pedido. Margarita, como persona equilibrada que era, concedora sobre todo de todo lo que tenía que perder, y previendo las lágrimas que causaría a la familia y a los vecinos, pensó unos momentos y contestó;

“Mi querido Juan, me pides una cosa que me va a costar mucho, pero si tú crees que esto es lo que agrada a Dios, estoy dispuesta a seguirte”.

Don Bosco le aseguró que la obra era de

Dios, le agradeció conmovido la generosa aceptación y cerró la conversación marcando el día de la salida: “Vamos a preparar todo y partiremos después de la fiesta de Todos Santos”

Santas madres, santas hermanas de nuestros sacerdotes, sólo Dios puede retribuir vuestro sacrificio, de una vida entera tan oscura, tan ingrata al lado de ellos. ¡Vuestra misión tan delicada y parecida a los ángeles, es siempre bendecida por la Iglesia de Cristo!

La hora de la partida

Hay separaciones que acaban con estilo de vida, y cuando no matan, ponen siempre en relevancia su valor. Ni las lágrimas, ni las súplicas, ni las promesas de los parientes y de los vecinos consiguieron cambiar los planes del Padre Juan, que en los largos meses de convalecencia se había rodeado de numerosos niños venidos de diversos lugares, aún alejados de la feligresía, para entretenerlos e instruirlos en la doctrina.

Había sido providencial y bien aceptado por todos su permanencia en la casa

paterna, pero otro campo más vasto le había confiado Dios, él lo veía claramente y sabía que a Dios nunca se le dice que no. Mamá Margarita le dio su palabra y no faltaría a ella por nada. Al amanecer del 3 de noviembre de 1845, salen los dos de la casita perdida entre los castaños, para seguir una invitación divina, llevando en su alma la nostalgia del adiós. Lejos de allí, les esperaba otra morada, punto de partida de conquistas universales.

¡Adiós, cuartitos modestos, forja de virtudes domésticas!

¡Adiós, pasado de trabajo humilde, de paz inolvidable!

¡Adiós, fogón apagado, triste por la salida de quién alimentaba tu llama!

Tu calor es de la más viva llama, llama sagrada, inmortal, que se encendió en el corazón de un santo que va a calentar otros corazones, millones de corazones en el mundo entero, por el correr de los años y de los siglos, ... ¡Adiós!

¡Cuántas veces vendrán los hijos de Don Bosco, humilde campesina, cuyo nombre no morirá nunca, cuántas veces vendrán a calentar el alma entre las paredes de esta casa pequeñina, donde tu espíritu ha dejado el perfume imperceptible de

tus virtudes! Vendrán, trayendo consigo el cariño y el deseo de quien regresa a volver a ver, nostálgico, la cuna natal con la devoción de quien visita un lugar santo.

Hombres cultos, príncipes de la Iglesia, gente distinguida y gente pobre, peregrinos de tierras extrañas, del otro lado del mar, entrarán a toda hora en las puertas de este caserío, a besar sus paredes, a reconstruir conmovidos el pasado, a aprender, a agradecer y a llorar.

Ninguno saldrá de allí sin rezar alto su alabanza: “¡ Señor escogió a los humildes. El Señor hace por ellos cosas grandes. Para confundir a los soberbios y manifestar Su gloria. ¿Bendito sea Dios eternamente!

¡Adiós!

¿Será que nunca más volverán la madre y el hijo a esa casa? A esa casa donde la luz de la luna acaricia, y que parece quedarse triste, las puertas cerradas, sin una luz que pase por los postigos, como lo hacía aún ayer. Si ellos quisieran respondernos, tal vez lo harían apuntando con gesto triste la sombra fría trazada por la luna como negro paño

sepulcral: “Todo murió para nosotros, nunca más”.

Pero, al descender el camino, apartándose de la colina valle adentro, se paran a saludar por última vez la casita modesta, se pudieran mirar con espíritu profético aquel pedazo de tierra de tantos recuerdos, verían erguido y protegiendo, un bello santuario de torre erguida, verían sonreír una blanca imagen de la Virgen Auxiliadora. Y además, del lado derecho, un edificio inmenso, abrazando una pequeña morada de tosca piedra... y voces de jóvenes, rumor de máquinas, cantos y notas armoniosas, que al salir de allí, parecen animarlos: “Volveréis, volveréis, idos contentos, porque volveréis”...

En vuestro hogar pequeño, pero caliente de caridad evangélica, una multitud de huérfanos vendrán a abrigarse, necesitados de pan y de ternura, a la sombra de vuestro nombre... regresaréis y vuestro deseo de dar doctrina salvadora a las almas moverá en vuestro nombre decenas de máquinas, aquí mismo, donde había habido silencio, imprimirán millones de libros que irán lejos, muy lejos, a iluminar, a encender...”

Visión tan grandiosa podría ser considerada un sueño y más que un sueño, una locura. Ni siquiera se atreven a soñar... El futuro con sus realizaciones está en la mano de Dios, a la que, madre e hijo, obedecen con espíritu de fe, con los ojos cerrados, sin desaliento, sin curiosidades vanas y terrenas. Y es sobre la fe de los hombres y en proporción de si misma que Dios obra sus maravillas y que la mezquindad del mundo juzga de antemano locura, pero que no es locura, lo confirma la historia siempre.

Margarita caminaba esa mañana por la carretera, llevando en el brazo un cesto y un saco. Iba dentro toda su riqueza, su ajuar y los utensilios de cocina. A su lado, el Padre Juan, su Breviario, un Misal y algo más.... la conversación es animada, alegre, como si en nada los entristeciera el pasado y menos los preocupara el futuro.

Bajo los pies de los caminantes caen las amarillas hojas que la estación otoñal va tirando de los árboles, imagen viva de lo que sucede en sus espíritus. Las cosas de la tierra son esto y nada más: hojas que se marchitan, se secan y se pudren. Quien tiene sus pasos dirigidos hacia metas más altas, no para ni se pierde en

lamentaciones inútiles.

Breve parada en Chieri, en casa amiga, para comer y restaurar fuerzas, y después siguen su camino. A los veinte kilómetros conquistados, faltan unos quince, es urgente andar rápido para que la noche no los sorprenda lejos de casa. A las cuatro horas llegan a la cumbre de las colinas que rodean y dominan la grande ciudad de Turín, capital del Piamonte, la augusta Taurinorum de los Romanos. Augusta por lo imponente de sus edificios y por la simetría de las grandes avenidas, augusta por sus industrias. Los dos viajeros se sienten pequeños en frente de tanta grandeza. Quién pensaría que irían a conquistarla con sus obras, y que la volverían más augusta, llevando su nombre a todas partes.

El primer encuentro

Casi a las puertas de su nueva morada, con el rostro evidenciando cansancio, y sobre los hechos de una camada de polvo en todo su cuerpo, resto de un largo viaje, tuvieron un encuentro amigo: el teólogo Juan Vola, admirador de Don Bosco y ayudante fiel en su obra de los catecismos dominicales. Fue una fiesta

para el buen Padre volver a ver al incansable sacerdote, después de la terrible enfermedad que lo postrara por unos meses.

-“Buenos ojos te ven, mi querido Don Bosco. Pero a pie de tan lejos, y tan cansadiño, alabado sea Dios...

-A pie, si señor, es el medio de conducción de los pobres, y como ves, sigo el ejemplo de quien es más viejo que yo, mi madre. Y fue la presentación.

Con breves palabras, con una estima espontánea, el bondadoso sacerdote se dirigió a Margarita. Bastaba para estimar a la buena mujer, las reconocidas virtudes del hijo. Siempre es verdad que los hijos apoyan la honra de los padres.

-Me alegro con vuestra llegada, pero ¿que será de ustedes sin recursos? ¿Tienes alguien que te espera, que les de cuando menos la cena de esta noche?

-Sí tenemos, hay en el Cielo un Padre que sabe todo y prometió no abandonar a nadie y Él nunca falta a sus compromisos.

El buen Padre conocía a Don Bosco y no se atrevía a juzgarlo un imprudente; sus palabras lo convencieron cada vez más de que sólo un santo podía actuar así.

-Tienes toda la razón, pero, mientras, si yo supiera... y pasaba las manos en las diversas bolsas de su sotana...

-Siento no tener conmigo mi cartera, pero toma... y así diciendo le ofrece su reloj. Llévalo, llévalo, para regresar yo a mi casa, no lo necesito. Lo puso en las manos de Don Bosco y se fue.

Era la Providencia comenzando su papel en una obra que, sin ella, no habría podido mantenerse ni extender su caridad en todo el mundo.

La Casa Madre

Quien conoce los grandes colegios salesianos y su vitalidad, colmenas llenas de niños y jóvenes que estudian los grados elementales, medios; estudios industriales y técnicos, jóvenes que se preparan para la vida en el aprendizaje de los diferentes oficios manuales o agrícolas, o se perfeccionan en las artes o siguiendo altos estudios para después lanzarse como educadores en las casas de la misma Obra, a quien conoce estos colegios es bueno recordar la Parábola del Evangelio: “El Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza”. Dios, para realizar lo que desea, comienza siempre así, porque no necesita de más.

Atravesando las calles imponentes de la ciudad, pasando al lado de los grandes edificios, tal vez Mamá Margarita creyese que la nueva morra debía ser algo parecido con lo que veía, tanto más que el Padre Juan le hablara siempre de unas centenas de rapaces y tan grande número de gente necesitaba mucho espacio. Aunque su hijo, en la cocina de los Becchi, le diese una idea aproximada de los cuartos en Turín: -“Ve, madre mía, el tamaño más o menos de aquello es dos veces esto,,,” y hablando, midiese con pasos el espacio que del fogón llegaba hasta la mitad del cuarto contiguo, en tanto la palabra ciudad crea siempre confusiones en la mente de un aldeano.

Pero... es cosa que impresiona siempre al observador que visita a los centros populosos: los palacios imponentes que se yerguen en el corazón de la ciudad, en un cierto momento empiezan a verse menos, de las casas blasonadas con amplios jardines de plantas exóticas resguardas por muros, por gradas artísticas de hierro forjado, dando a aquellas habitaciones el aspecto de castillos encantados; más adelante, las viviendas de sabor moderno sonrían con sus colores brillantes, con los exuberantes rosales trepadores, hasta

alargarse, atrevidas, hasta la ventana del cuarto señorial. Acaba aquí, con un corte premeditado, toda la belleza de la ciudad... se siguen las casas de tres pisos, después, en orden decreciente, las casas pequeñas, con ventanas y puertas en un pedazo pequeño de pared.

Quien se para a observar, tiene la impresión de pasar junto a un hormiguero de seres humanos. De cada ventana sale unas voces confusas, continuas, aturdidoras; en las terrazas, en las puertas, en los paseos, en la calle, grupos de mujeres, de niños. Al pie de los almacenes, con muebles viejos, con montes de cajas, con hileras de cestos, acuden los vagabundos, salen los humildes operarios, se paran los curiosos a dar y recibir noticias; de la casa de venta de hierro viejo, sale llorando el que fue a vender el último objeto que tiene y se deshace de él para quitarse el hambre o para pagar su vicio, allí entra enseguida, aquel que sintió la falta de algo y desea comprarlo a mitad de precio... y en estos lugares tristes de la ciudad, esquinas de tanta vida, abundan las enfermedades, dominan los desordenes, se habla en dialecto, corroe todo las malas costumbres, se vive en el abandono, se desconoce que somos gente, se bebe el vicio, se respira el

alcohol...

Se llega por fin a las últimas casas. Resguardadas por mano prudente, cuidadas por mano industriosa, aparecen en las bardas hechas de tablas o de latas viejas. Quien sea observador, verá el aseo y el espíritu cuidadoso de sus moradores, viviendo en la verdura de los viveros, regados y exuberantes, en el terreno bien aprovechado, en las novedades de la estación... todo encerrado en la guirnalda llena de flores de variados colores.

Pero el reino de la pobreza se une al reino de la miseria: es el último resto olvidado de las ciudades. Se abre el descampado y allá están esparcidas las barraquitas, la casa del más pobre.

Quien tiene la dicha de trabajar en las obras de caridad, sabe lo que sucede en esos barrios de obreros, en esas barracas inseguras y mal protegidas de la intemperie. Son pocos los que tienen el santo entusiasmo de dejar el centro con sus bellezas, su lujo y comodidades, para descender a estos barrancos donde la vida humana lucha, sufre y llora sin consuelo.

Sin embargo, se consuela la multitud de

infelices... donde no llega el hombre, debido a su egoísmo, a su horror a todo lo que es pobreza, allí llega siempre el brazo acogedor de Cristo con su compasión, con su consuelo, con su acción redentora y civilizadora.

Mamá Margarita en su paso por la capital piemontesa, notará la mudanza de escenario, antes elegante y ahora humilde, al aparecer algunas fábricas, algunos escampados donde se encuentra el refugio de la metrópoli.

No se extrañó al dejar a su derecha, un barrio muy poblado, de donde salía una algazara de voces,, oye que le dice el Padre Juan:

-“Hela aquí, allá está nuestra casa... por acá, por fuera de este campo”.

Ambos descendieron por la escarpada senda del antiguo valle romano, ya histórico por el martirio que sufrieron tres heroicos soldados de la Legión Tebana. El terreno lleno de sangre, debía ser regado por las lágrimas de los recién llegados, para convertirse en un jardín exuberante de almas cristianas.

Era noche cerrada cuando el Padre Juan y su madre entraron en la casa pequeña. Dos cuartos apenas, uno de

ellos sirve de cocina, al lado de un pajar. El inventario del mobiliario no daba grande trabajo: dos camas, dos sillas, dos bancos, un baúl y una mesa, vasijas, enseres de cocina. Era todo lo que existía.

Pero por lo que los hechos nos han dejado, Margarita no dejó, como buena ama de casa, de tomar nota esa misma noche de la riqueza que su hijo le confiaba. Ya todo observado, se ríe con su Juan por la gran fortuna hallada y se puso a cantar:

¡Ay, si el mundo conociera
el tesoro que encontramos...
Ay de nosotros si alguien supiera
cuán ricos estamos!

En esta cuna pobrecita, se va a crear la obra de Don Bosco, obra hecha de santidad, de trabajo y de alegría.

Del oratorio al hospicio

Primera visita

Al romper el alba, aquella morada estaba de puertas y ventanas abiertas al sol y al aire. Cerrada por largos meses, se

convirtió en el asilo de arañas, que tejieron sus tejidos sutiles en todas las paredes, desde el techo hasta el pavimento.

Don Bosco, con el breviario en la mano, hace sus rezos junto al pajar, antes de salir juntos par la misa en el Santuario de Nuestra Señora del Consuelo, erguido sobre las murallas de la antigua Augusta, Mamá Margarita, aprovechando el tiempo, se atareaba en las primeras limpiezas. ¡Todo el tiempo era poco!

Y bien poco era el tiempo en verdad porque, regresando después de una hora, estando los dos en los arreglos, llegaron las primeras visitas. Los primeros en llegar fueron los jovencitos, acostumbrados en los meses de ausencia a asomarse al lugar, esperando que se abriera esa puerta bendita. Nadie les había avisado, pero sus ojos no los engañaban, la casa finalmente se abría.

No resistieron la tentación de curiosear. Corrieron hasta allá y se apostaron bajo la ventana, en la que Don Bosco, acostumbraba en las tardes, sonreírles bondadosamente al despedirse de ellos que, insistentes, hallaban que era demasiado temprano para regresar a sus casas.

No se habían engañado, el corazón hablaba con la verdad. De los pequeños cuartos salía el canto popular: “Santo Ángel del Señor” la voz tan conocida de Don Bosco, le hacía eco una voz femenina. Era la voz de Mamá Margarita. Aplausos y voces llamando impacientes, despertaron a la madre y al hijo de su encanto. Salieron ambos: Don Bosco a volver a ver a sus amigos, a darles la grande nueva de la apertura del Oratorio y a presentarles a su madrecita; y Margarita a sonreírles y a llamarles por vez primera, con toda dulzura; “hijos míos”

Ya nunca más sentirán los niños el abandono, volvió para siempre el Padre amigo, su Maestro. Nunca más la obra sentirá la orfandad: Dios le entregaba, en Margarita, un corazón de madre.

“Laudate pueri Dominum, laudate nomen Domini” “Niños, alabad al Señor, alabad Su nombre”

Del oratorio al hospicio

Primera visita

Al romper el alba, aquella morada estaba de puertas y ventanas abiertas al sol y al aire. Cerrada por largos meses, se convirtió en el asilo de arañas, que tejieron sus tejidos sutiles en todas las paredes, desde el techo hasta el pavimento.

Don Bosco, con el breviario en la mano, hace sus rezos junto al pajar, antes de salir juntos par la misa en el Santuario de Nuestra Señora del Consuelo, erguido sobre las murallas de la antigua Augusta, Mamá Margarita, aprovechando el tiempo, se atareaba en las primeras limpiezas. ¡Todo el tiempo era poco!

Y bien poco era el tiempo en verdad porque, regresando después de una hora, estando los dos en los arreglos, llegaron las primeras visitas. Los primeros en llegar fueron los jovencitos, acostumbrados en los meses de ausencia a asomarse al lugar, esperando que se abriera esa puerta bendita. Nadie les había avisado, pero sus ojos no los engañaban, la casa finalmente se abría.

No resistieron la tentación de curiosear. Corrieron hasta allá y se apostaron bajo la ventana, en la que Don Bosco, acostumbraba en las tardes, sonreírles bondadosamente al despedirse de ellos

que, insistentes, hallaban que era demasiado temprano para regresar a sus casas.

No se habían engañado, el corazón hablaba con la verdad. De los pequeños cuartos salía el canto popular: “Santo Ángel del Señor” la voz tan conocida de Don Bosco, le hacía eco una voz femenina. Era la voz de Mamá Margarita. Aplausos y voces llamando impacientes, despertaron a la madre y al hijo de su encanto. Salieron ambos: Don Bosco a volver a ver a sus amigos, a darles la grande nueva de la apertura del Oratorio y a presentarles a su madrecita; y Margarita a sonreírles y a llamarles por vez primera, con toda dulzura; “hijos míos”

Ya nunca más sentirán los niños el abandono, volvió para siempre el Padre amigo, su Maestro. Nunca más la obra sentirá la orfandad: Dios le entregaba, en Margarita, un corazón de madre.

“Laudate pueri Dominum, laudate nomen Domini” “Niños, alabad al Señor, alabad Su nombre”

la obra prima

todo genio tiene su obra prima.

Don Bosco también la tiene. Desde esa fecha, en que se llevara a su santa madre para Turín, hacían ya cinco años que empezara la obra de los “Oratorios”. Su programa se centró en el Reglamento: “Entretener a la juventud los días festivos, con un recreo honesto y agradable, después de haberlos llevado a asistir a las funciones eclesiales”.

“Entrando un joven en el Oratorio (dejó escrito el Santo), debe persuadirse de que es un lugar de religión, en el cual se quiere hacer de él un buen cristiano y honesto ciudadano”. Por eso Don Bosco, quiso llamarle Oratorio y no Recreatorio (Lugar de recreación, de diversión).

El esquema del Oratorio es el siguiente:

**Puede ser parroquial o interparroquial;
es lugar de enseñanza religiosa, pero también de recreación y de reuniones para actividades variadas;
los adultos tienen aulas separadas de los jóvenes, en las cuales se dan lecciones catequísticas y de ceremonias litúrgicas, salas con respectivos archivos y salas de depósito de material didáctico;
para cada grupo, está su biblioteca y sala de lectura;**

un salón para conferencias generales, otro de mayor capacidad para teatro, aula de canto y de música instrumental, salas de juegos, etc.

Grandes patios, con los respectivos pórticos para los días lluviosos y el gimnasio para ejercicios físicos.

En una casa de este tipo, los mejores atractivos y las mejores actividades contribuyen para la moralización de la juventud. Son en resumen: Asociaciones religiosas, secciones deportivas, literarias, artísticas; grupos de beneficencia y de socorro mutuo, Conferencias Vicentinas, Pequeñas Cajas Económicas; actividades catequísticas y misioneras; bibliotecas populares, aulas dominicales y nocturnas.

Para tan grandes realizaciones, Dio todo lo que poseía y Mamá Margarita siguiendo el ejemplo del hijo, se deshizo de sus objetos personales más queridos. De sus vestidos, incluido el de casamiento, hizo ornamentos para la capilla, de su ajuar de lino, tapetes para el altar, sus joyas las convirtió en galones y franjas para ornamentos. Aun siendo muy desprendida, le costó mucho desprenderse de todo. Con la gentileza que la distinguía, platicó a persona

amiga, lo que sintió cuando de sus manos los objetos pasaron para la mano del comprador: Me asaltó un sentimiento de repugnancia, de tristeza profunda, sin embargo, pronto me di cuenta de que era una insinuación egoísta, lo aparté de mi mente, contraponiéndole un pensamiento que me animaba y que era más comprensible.

“¡Lo que sirve para el bien de los pequeños y para la gloria de Dios, bien merece el sacrificio, todo mi sacrificio!”

Con estas ampliaciones, la casa aumentó, volviendo posible las aulas festivas y nocturnas y la apertura de una capilla. El número de jovencitos llegó en breve a mil. ¡Cuanta paciencia tuvo que ejercitar la buena mujer, acostumbrada al silencio de su aldea!

En el largo plazo de doce años, el prestigio que ella consiguió al lado de Don Bosco fue la guardia defensora de la casa, que estaba rodeada de vecinos sin moral. No admitía que nadie en su presencia o delante de los oratorianos ofendiesen a la modestia. Hubo quien la viese imponerse imperiosa y amenazadora a los atrevidos y sin educación.

¡Las almas puras, en las ocasiones importantes se vuelven fuertes como los héroes, enfrentan y subyugan a cualquier enemigo!.

Nueva fase de la obra

Enfrenta Don Bosco un grave problema. Las calles de la ciudad recogen siempre miserias que no se remedian nada más con la asistencia festiva. Hay quien busca en la ciudad el pan para vivir, una colocación, un auxilio para la familia alejada.

Ya para entonces la atracción hacia la gran ciudad comenzaba a infectar las costumbres sencillas de las aldeas, en que se ama la vida del campo. Pero la ciudad promete y casi nunca cumple. Da alguna vez lo que se le pide pero más fácilmente falta a su palabra, y quien se deja arrastrar por ella se encuentra de repente lanzado a la calle, con la pobreza a costas. Casi siempre, aun el pan que ofrece, envenena y corrompe.

En los tiempos que pasaban, se daba frecuentemente este éxodo peligroso de los niños en los grandes centros, en busca de trabajo, expulsados trágicamente al margen de la vida. Para

ellos y para tantos desamparados de la suerte o perseguidos de las injusticias de los hombres, era urgente una obra asistencial continua. El pajar adosado a la casa de Don Bosco fue el primer dormitorio de un hospicio, que debía más tarde abrigar unos mil jovencitos.

De mañana, recibían de las manos de Mamá Margarita su pedazo de pan, y en la noche su sopa calientita, preparada por ella y por su hijo, quienes aparecían con un delantal en la cintura y desde la puerta de la cocina, la distribuían en una grande olla. El día lo pasaban los rapaces en el trabajo, que Don Bosco les buscaba, ya sea en diferentes casas comerciales, o en casas que estaban en obra. Esto continuó, mientras no hubieron en el Oratorio las diferentes dependencias.

Cuantas veces, sin embargo, los huéspedes desaparecían del pajar, llevándose la ropa de abrigo que se les había prestado. Ante esto, Don Bosco se habría desanimado si la madre no estuviera a su lado. Y acudió una noche, calmando las lágrimas de un huerfanito que tocara la puerta, para suplicarle a Don Bosco que le diera acogida. No se podía resistir a tal pedido. Se armó una cama en la cocina: unos ladrillos, unas

tablas y una colchoneta. Mamá Margarita, antes de dejar a su protegido, rezó con él y le hizo un sermoncito todo lleno de caridad y de moral, legando así a la Congregación Salesiana una simpática tradición que todavía se conserva en los colegios: “La buena noche”.

Con el buen pensamiento dentro de su alma, el huérfano de entonces y los millares de alumnos salesianos de hoy, duermen los lindos sueños de su mocedad, los más puros sueños de su vida. Todas nuestras acciones deben ser preparadas y vivificadas por el espíritu, aun las más pequeñas y habituales. Sólo el corazón de una gran cristiana y de una gran madre podía trazar pedagogía tan sabia, resumida con tanta sencillez.

Todos los cimientos del edificio estaban en su lugar, sólo había que continuar.

La cocina dormitorio desapareció y surgieron las salas numerosas y amplias, que abrigarán centenas de camas para artesanos y estudiantes. La pequeña casa, los pequeños patios, se convirtieron en grandes, y aquel conjunto de obras va a dominarlo una gran iglesia dedicada al dulce Santo de Ginebra: San Francisco de Sales. Después la cúpula majestuosa de un

bello y grandioso santuario dedicado a la Virgen Auxiliadora protegerá la pequeña ciudad de los niños... donde hoy aun no muere la memoria de Mamá Margarita.

El Colegio-familia

Orientaciones características

Es reconocida por todos la utilidad de los colegios. Se aprecia su necesidad, se trabaja por su construcción. Su erección exige una cabeza, su manutención, exige dinero, y su buen funcionamiento, exige un personal calificado, sus resultados, que son los que más importan, exigen especialmente corazón. Este es el pensamiento de Don Bosco.

El colegio debe ser la prolongación de la familia y en muchos casos la sustituye. Recordemos que lo que caracteriza a la familia es el afecto que el niño reclama y necesita. Cuando le falta ese calor, la educación se desvirtúa y deforma a aquel ser inexperto y frágil, en el cual está el hombre de mañana.

Si falta el afecto, las paredes del colegio son sombrías como las de una prisión o, para ser más indulgentes, son mudas como las paredes de un cuartel. En este

medio, el alumno, como planta necesitada de savia, no encuentra donde plantar sus raíces y se considera preso o exilado. El espíritu policial de los superiores desenvuelve en él un espíritu de legalidad, crea muchas veces la hipocresía y el oportunismo, impidiendo aquel “a voluntad” que puede poner al educador en la posibilidad de conocer a sus alumnos en sus defectos que corregir e inclinaciones que orientar.

Paciencia, cuidado, dedicación, sacrificio, cariño y todo lo que se pide al educador en su tarea difícil y delicada, y que se encuentran en su corazón. Y el corazón para no equivocarse, ni dejar de ser caritativo ni rebajarse necesita de la religión cristiana, la única que lleva el amor hasta su fuente inagotable, única fuente de amor purísimo, hasta Dios.

Don Bosco construyó sus colegios con esta personalidad: Una familia. Familia donde se educa, vigilando en todas partes y todo el tiempo para prevenir el mal, donde se corrige el mal con el afecto y la convicción: Insistía en la vigilancia, convencido de que quien predica como método mejor el culto a la personalidad, de la responsabilidad, muestra que se olvida que el joven es un ser de barro. Además de eso, para desarrollar su papel

junto del alumno el educador no debe tener a la vista solamente la ausencia de todo lo que es desorden exterior y público. Debe preocuparse por la vida íntima del educando, siendo ella el principio de todo el mal exterior, del mal personal y de la comunidad.

Según el pensamiento de Don Bosco, no se puede dejar la corrección de los defectos, a que los corrija la inexperiencia ni al cuidado de compañeros juzgados mejores. En su método, todo va a desembocar en las manos de un sacerdote, el Director de la casa, siempre informado de todo por la red de profesores y asistentes preparados pedagógicamente y continuamente amparados por el Superior.

Esto es muy acertado, porque en el terreno sagrado de las almas sólo la prudencia, la caridad, la gracia de estado de un sacerdote puede entrar y ningún método mejor del que el Padre puede dar. ¡Pero en esa vigilancia debe estar el afecto! En las casas de Don Bosco no hay policía que anda buscando el desorden y que vuelve feliz de su ronda porque ha descubierto lo que tal vez muchos otros no alcanzaron a descubrir, que relata y pide justicia, el policía que

trabaja como mercenario.

La asistencia salesiana tiene por impulso el corazón y es tanto más perfecta porque tiene el sabor y el alma del espíritu de familia, en que se respeta la iniciativa personal, con toda su expansión hasta los límites de lo lícito, llevando al alumno suavemente a las prescripciones disciplinarias más sencillas y toda imbuidas de la caridad del Evangelio.

El nuevo sistema del santo podía ser encarnado e iniciado mejor con la presencia de una madre, Mamá Margarita. La madre se preocupa especialmente por prevenir el mal, considerándose siempre culpable si no lo consigue. La prevención es más eficaz, aunque es más difícil y trabajoso que reformar. De este principio nació el Método Preventivo Salesiano. Ciertamente Don Bosco lo copió de aquella que Dios puso en cada familia y que es constituida por la Providencia como la primera y la mejor educadora del hombre: la madre.

Cada actitud, una lección

Ninguno de los que conocieron a Mamá

Margarita olvida su sonrisa inalterable, su alegría comunicativa, la dedicación incansable que le daba un tono de bienestar a todo el hospicio. Los exalumnos, hombre hechos y lanzados en la vida con sus encargos y responsabilidades, volvían nostálgicos a visitar a la buena mujer, cuya presencia les evocaba los días inolvidables del Oratorio.

El papel de Mamá Margarita era sumamente pesado y difícil. Tenía su encargo en la cocina, la limpieza de la casa, la reparación de la ropa, la asistencia del lavado y hasta partir la leña. Cariñosamente se preocupaba para que los domingos sus jovencitos se presentaran bien limpios y aseados. En ese día, como los alumnos estaban en casa y eran más numerosos, se juntaban también los externos, ella ayudaba en el Oratorio, en la asistencia, apareciendo de vez en cuando entre ellos para divertirlos con historias y proverbios, enseñándoles cantos inocentes de su mocedad y de su tierra. Son los mismos rapaces que la procuran, la llaman, lamentándose cuando los quehaceres la detenían en la cocina.

A veces, apostados debajo de la ventana, la buena madre tenía que aparecer y

contar el cuento anunciado, cantar más con ellos, darles el bocadillo prometido, etc.

En los días de trabajo se consideraban privilegiados los que por indisposiciones físicas tenían que quedarse en casa o los que eran escogidos para ayudarla en algún servicio de la cocina.

¡No es exagerado afirmar que Mamá Margarita era el ídolo de todos! Reconocían los sacrificios que hacía por ellos, admiraban su paciencia al tolerar sus imprudencias juveniles, se conmovían con sus cariños maternos. No se puede dudar de que le daba gran prestigio su solidaridad con el hijo, de quien sabía interpretar sus deseos y sus intenciones, mostrándose siempre subordinada a él en todo. Alma humilde, juntaba a la humildad, la discreción y la prudencia que no ignora que “el reino dividido se desmorona”, evitando por eso que el hijo tuviera que intervenir y defenderla, con perjuicio de la confianza que él se ganara entre los jóvenes.

Por esto, nunca dio ocasión a que hubiera pequeñas envidias, a aquel dualismo y susceptibilidades tan naturales y fáciles entre dirigentes de la misma casa. Practicó lo que decía, hasta

el punto de considerar como superior al primer rapaz que, teniendo aspiraciones sacerdotales, vistió un día la sotana y comenzó a ayudar a Don Bosco en la asistencia de los pequeños.

Desde ese día, Mamá Margarita deja poco a poco el oficio de asistente, para que otros lo hicieran, y es lo que más edifica, que ella misma se somete a esos primeros ayudantes de Don Bosco y que ella recogiera niños y que todavía no tenían veinte años.

¡Tanta virtud se impone! Recibió de todos los Padres, clérigos, profesores y alumnos, el nombre suavísimo de “madre” y lo mereció.

La maestra

Quienes se admirasen de que Don Bosco se sirva de jóvenes para educar a otros jóvenes, casi siempre de la misma edad, y dudara de los buenos resultados del método, bastaría a cien años de distancia con ver el desarrollo de la obra para convencerse de su excelencia. No se olvida, que Don Bosco era quien guiaba esos jefes tan jóvenes, sin abandonarlos nunca. En gran parte, ayudaba al éxito, la formación pedagógica que recibieran en

las lecciones de Mamá Margarita.

Bastaba que observaran, bastaba que se guiasen por lo que veían hacer, los métodos estudiados en los manuales no son tan eficaces. Es siempre verdadero lo dicho: “Las palabras conmueven, los hechos convencen y arrastran”. Debe haber impresionado la omnipresencia de Mamá Margarita: parecía tener ojos para todos los lados de la casa. Su lección se transformó en artículo básico de un sistema.

Altamente pedagógica era también la táctica de aproximarse a los alumnos para transformarlos. El camino del corazón fue siempre el preferido y el pensamiento religioso fue el mágico medicamento que ella usaba. Entre la gran masa aparecían algunos indisciplinados, que nadie podía amansar y hacerse obedecer. Entonces la buena mujer los buscaba sin dar apariencia de que lo hacía y: “¿Cuándo, hijo mío, cuándo comenzarás a ser bueno? En el Oratorio, todos se esfuerzan para ser aptos para alguna cosa y tú pareces sólo preocupado en seguir siendo malo y merecer reprensiones. Experimenta cambiar, cuando menos un día... es muy lindo ser estimado por los compañeros, ver junto a ti a los superiores satisfechos

por tu buen comportamiento y saber que Nuestro Señor también está contento con tu conducta”.

Y a otro que estaba holgazaneando: “Amigo, ¿porqué no quieres el trabajo? No vez que Don Bosco se mata por conseguirte el pan, ¡Qué vergüenza! Será posible que no tengas corazón, que no comiences tú también a consolar a quien tanto te quiere. Si no aprendes ahora, que eres joven, cuando estarás apto para ganarte tu pan... prefieres estar de vago, de pordiosero, ir a prisión, la infamia en esta vida y en la otra, un infierno aquí y otro en la eternidad... no, hijo mío ¡no quieras esto!”

Y a los impulsivos, siempre metidos en pleitos: “¡Saben a quien se parecen? A los brutos que no tienen inteligencia ni corazón. ¿ Acaso no es Dios Padre de todos? Y sus compañeros, ¿no son vuestros hermanos? Dios castiga a los vengativos”.

Y les decía a los golosos: “Hasta los animales comen solamente lo que necesitan, ¿quieres acabar con tu salud? Quien no domina la gula, no llega a ninguna parte, la gula es la madre de muchos vicios, no quieran morir jóvenes

o acabar en un hospital”.

Con sus reprensiones maternas, insistentes, incansables, lloraban muchos jóvenes y hasta los asistentes, a quienes dispensaba una delicada vigilancia. Obtenido el objetivo buscado, pasar de la reprensión a la alabanza, al estímulo: ¡Bravo! No te aflijas más. Si quieres, puedes siempre corregirte, no te faltan cualidades para que seas mejor. Nuestro Señor y Don Bosco van a estar muy contentos contigo”.

Si algún arrepentido se arrepentía, poniéndose en una esquina a llorar, lo dejaba desahogarse, y sólo después, con caridad, hacía todo para que olvidase el mal que había hecho y lo aconsejaba sobre la manera de corregirse.

Sucedía algunas veces que alguno, arrepentido, no quería comer. Esto pasaba muchas veces, porque se sabe de sobra, que los cobardes y los malos se convierten en seres indignos de comer el pan de la familia, y por eso los culpables tenían vergüenza de sentarse en la mesa del Oratorio. Mamá Margarita los observaba y les decía: ¿Qué es esto? Siempre disgustos, ¿no es verdad? Pobre hijo, qué harás cuando crezcas? No vine para regañarte, vine para darte

un manjar porque tengo pena por ti y te quiero mucho”.

Diciendo esto le entregaba un pequeño bulto que traía escondido en el bolso, o llevaba al culpable a la cocina. Le aconsejaba serenamente a corregirse y a pedirle disculpas a Don Bosco.

-“Pero, hijo mío, esto no basta, es necesario pedirle perdón a Dios, que todo lo ve y está enojado contigo”.

Para que su regalo no pareciera que legitimaba el mal, le explicaba con un tono que impresionaba: pero no digas a nadie que te di este manjar. Comprende que yo quedaría mal y sería juzgada protectora de tu indolencia, Don Bosco no quedaría bien colocado, sólo deseo dar a conocer que tú estás arrepentido”.

Entre ellos no faltaba el atrevido que en su presencia aceptaba respetuosamente las observaciones, pero después seguía portándose mal. Surgía entonces inesperadamente Don Bosco que, detrás de las persianas, asistiera a todo y cuya aparición era de una eficacia mágica.

Solidarios así en la defensa de su autoridad, mantenían fácilmente la disciplina. Después de alguna

reprimenda, la buena madre, se aproximaba a su hijo y le decía: “¡Pobrecillos! Si la gente no les habla claro, no entienden. Ten fe, ahora verás que mejorarán. Son tan jóvenes... aún no saben reflexionar las cosas. Usemos de la caridad, la caridad siempre triunfa”.

La caridad: es la llave del sistema.

Cuando los patronos obligan a los rapaces al trabajo, hasta las horas más tardes de la noche... Margarita se condolía y les conservaba la cena en la lumbre, y no se acostaba hasta que llegaban a casa y les servía ella misma. Cuando esto pasaba en la estación invernal, la caridad le costaba fríos intensos, que la hacían temblar.

Los más pequeños, los domingos tocaban la puerta de la cocina (los niños como los pajaritos siempre están pidiendo alimento) y suplicaban, llamándola: “Madrecita, tengo tanta hambre... la puerta se abría y Margarita: ¿Entonces, qué quieres? ¿otro pan? Ya lo recibiste...

-Sí, lo recibí, pero lo comí y todavía tengo hambre.

--Pobrecito, te doy, pero no le digas a

nadie. Sé que a veces aparecen pedazos de pan perdidos en el patio.

La recomendación no valía de nada, siendo imposible ocultarse de los amigos.

-¿Quién te dio ese manjar? –preguntaban todos, entonces al favorecido que trataba de andar con las manos atrás de la espalda y con la boca llena, tratando de masticar sin que lo vieran.

Se adivina la respuesta: -“Fue Mamá Margarita”. Para darle una lección a los infractores de su palabra, la vez siguiente ella les recordaba las recomendaciones que no había sido obedecidas y ellos se disculpaban: -“Entonces, madrecita, ¿podemos mentir?”

-“Mentir no, no se debe, tomen, tomen hijos...”

si le pedían alguna bebida con la disculpa de que el pan seco no se puede engullir: -Si son desvergonzados –amonestaba dulcemente- sois unos golosos. ¿no es ya una gracia de la Providencia este panecito?” los ojitos suplicantes de los pequeños y la palabra significativa que le dirigían con expresión triste: “¿Oh, madrecita!

Conmovían a la bondadosa mujer, incapaz de negarle nada a los traviesos niños amados como hijos.

Estos pequeños actos fueron escogidos entre mil y todos guardados conmovedoramente, así como se conservan preciosidades muy queridas, por los exalumnos, algunos de ellos ocuparon lugares destacados en la sociedad.

Quando el prójimo llora...

Las gotas de afecto destiladas del corazón valen más que las perlas más raras, más que los hechos gloriosos y que la historia enaltece. Si la buena Mamá Margarita amó siempre a los pequeños que le confiara la Providencia, ampo con un amor especial cuando estaban necesitados de los desahogos con un corazón compasivo. El hombre, hasta el más duro, tiene siempre en la vida momentos en que necesita junto a él, un corazón amigo, que le sonría, que lo comprenda en la hora del sufrimiento.

Quando Mamá Margarita veía o descubría alguno de los rapaces melancólico o adolorido, no se sosegaba y redoblaba sus atenciones y cuidados, para que la

alegría regresara a los rostros y a las almas y, como madre amante, no ahorra sacrificios para obtenerlo. Los necesitados lo sabían y la buscaban día y noche.

Se sentaba al pie de la cama del enfermo, con el cestito de su labor de costura, y pasaba largos tiempos junto a él y si lo necesitaba, pasaba la noche entera.

Un día el médico, visitando uno de ellos, halló más prudente llevarlo a un hospital, pues su dolencia era infecciosa, Mamá Margarita, enfermera vigilante, nada más le dieron la guía de entrada, no lo abandonó, para que le costara menos el aislamiento. Cuando lo llevaban en la camilla hacia la ambulancia, lo seguía, silenciosa y triste y después que salió del Oratorio, no pudo contener las lágrimas.

Cuando alguno de los más pequeños iba quejoso a buscarla, para desahogarse de las injusticias que le parecía haber recibido de sus compañeros, lo hacía sentar junto a ella, con la sonrisa en los labios, le decía algunas bromas y entonces al niño le despuntaba una sonrisa, enjugaba las lágrimas, para ganarse la golosina que la buena madre le regala, para así, entretenido, olvide sus

tristezas.

A otro le dice: “¿Y tú lloras por eso? ¿No sabes que se necesita mucha paciencia para llegar al Cielo? En ninguna tierra se está tan mal como en este planeta... pero en el Cielo jugaremos y cantaremos siempre... y las lágrimas se secaban y volvía la alegría.

Las espinas de la vida

Toda la paciencia que ella recomendaba a los otros, tuvo que practicarla (y en grado heroico). Quien está acostumbrado a lidiar con rapaces lo sabe mejor que nadie. Pero cuando esas criaturas vienen de los estratos más bajos de la sociedad o son niños de la calle, sólo Dios sabe de cuanta paciencia es necesario entonces disponer y usar.

Educandos de este tipo, en general son más exigentes y casi siempre más ingratos y se junta un agravante, son siempre más inconstantes en el bien. Las taras de familia, las influencias y las lecciones recibidas en la calle, resurgen fácilmente y llevan a recaídas frecuentes. Se necesita la paciencia del buen Samaritano, condolidada y delicada, para levantarlos y curar sus heridas, una, diez,

cien veces, hasta formar en ellos buenos hábitos que solamente se logran con actos repetidos y repetidos, y así injertar un hombre nuevo en el que existe.

Es indispensable descubrir antes la buena cualidad que todo hombre tiene, para conquistarlo y por ella, comenzar el trabajo educativo. Sin esta conquista, es imposible cualquier tentativa de formación. Mamá Margarita tenía la vocación y la virtud necesaria para obra de tal envergadura.

Su táctica era admirable y su bondad se imponía. Cuando uno de esos menesterosos le causaba disgustos, lo mandaba llamar al cuarto de costura, donde ella se sentaba entre los montones de ropa y sin dejar su tarea, le hablaba así: “Hijo mío, tú vez como nosotros, nos sacrificamos por ti... por todos”.

Y la incansable viejita estaba de hecho, sepultada entre los harapos que debía componer para presentarlos en condiciones de ser usados por los rapaces. Y el culpable tenía tiempo para ver, para reflexionar, porque ella, lo hacía a propósito, para que observara como trabajaba y le hablaba siempre pausada y gravemente, -“Y tú, hijo mío -esta

palabra debía caer profundamente en el alma del niño- tú no nos causas sino disgustos”. Y al levantar los ojos, hacía tal expresión de ternura, que el culpable no resistía y solamente respondía con un profundo suspiro.

Otras veces, cuando quería ir más a fondo, lo mandaba sentar en un banco, y continuaba siempre su trabajo, mientras que el niño, junto a la madre, se mantenía cabizbajo: “Antes, tú eras dócil y piadoso... y ahora es que cambiaste, te hiciste malo, caprichoso, liviano... nadie te soporta...¡Examínate bien, hijo mío!

Un gran silencio... y después, más insinuante, continuaba: “¿Por qué ese cambio? ¿por qué te volviste malo? ¿por qué no rezas? Si no pides ayuda a Dios, no lo vas a hacer bien... ¿y si no te enmiendas, a dónde vas a parar? ¿Cuidado, que Dios no te abandone!

Con lágrimas sinceras de arrepentimiento, se operaban mudanzas que llamaríamos milagrosas, las conseguía esta maestra de pedagogía, que nunca la estudió en tratados, pero que vivía el gran libro de la madre cristiana.

Cuanto habrá sufrido, al ver muchas

veces, como rompía a propósito la ropa remendada en tantas horas robadas al sueño, al saber que algunos de los más atrevidos, asaltara las verduras del huerto, o entrara en la despensa y robara las cosas que allí estaban guardadas.

Dicen que también la paciencia de los santos tiene un límite, y es verdad, porque sólo Dios es infinito en sus atributos. La virtud, aún en los más perfectos se agota, pero con una diferencia que los distingue siempre: ellos actúan como santos y su debilidad la resuelven transformándola en una victoria edificante.

A propósito del sufrimiento y de la paciencia, ocurrió un hecho:

En 1850, después de cuatro años en los que mamá Margarita soportara tanta diablura, tanto trabajo y disgustos, se sintió saturada y resolvió acabar con todo aquello de una buena vez y para siempre.

Tocó pesarosa la puerta del cuarto de Don Bosco. –Ten paciencia y óyeme unos minutos. El hijo notó que algo grave pasaba por la mente de su madre, le veía el disgusto en el rostro y se agitaban pensamientos de desánimo, de

pesar que no sabía explicar. Una verdadera tempestad.

-“ Exponla tranquila –y se mostró interesado en oírla, como quien no tiene nada más que hacer- y adelantando una pregunta, para abrir brecha: “¿Está enferma?”

-“Enferma no estoy, hijo mío, pero desanimada y con toda razón. Escucha, esto no puede continuar así. Tú verás que no puede gobernar bien una casa de estas. Tus rapaces me hacen cada día una nueva partida. Pisan la ropa extendida al sol, hasta cortan los vegetales de la huerta, no tiene ningún cuidado con su ropa, la dejan tan rota que queda inservible, hoy pierden un pañuelo, la corbata, las medias; en la mañana esconden las camisas, la ropa interior y no se encuentra más. Otras veces, se llevan los trastes de la cocina y tardo medio día en encontrarlos... conclusión: en esta babel sin orden ni concierto, yo pierdo el tiempo y la cabeza.

Me sentía mejor en mi casa de los Becchi... quien asistiera a esta escena, vería en la cara sonrosada de la querida viejita, brillar unas lágrimas, que llegaban hasta el piso muy calientes, muy

amargas y sentidas.

Con el silencio persistía....”Mira, hijo mío, tengo razón. Delante de esto, ¿cómo puedo aguantar? pienso que mejor vuelvo a mi casa y me preparo en el sosiego a mi muerte. Don Bosco, enmudecido, lloraba dentro de él, toda la tristeza de su madre, que, en silencio, esperaba una palabra, un consejo, la adhesión del hijo. Pero el pobre Don Bosco, con los ojos cerrados, parecía no tener el valor de levantarlos hacia ella, parecía abstraído, tamborileando con los dedos en la mesa... y el silencio continuaba....

-“Entonces, hijo mío, ¿qué me dices? ¿Nada?... Don Bosco levantó por fin los ojos y los fijó en Mamá Margarita, estaba conmovido, esbozó una sonrisa cariñosa, suplicante, sin hablar –porque quizá no lo podía hacer- sin mezclar sus lágrimas a las de su madre, irguió el brazo hacia la pared, y señaló un Cristo crucificado que allí estaba.

Margarita lo miró largamente. Sus ojos se atribularon como nunca, se llenaron con abundantes lágrimas y suspiró con la dulzura de un alma arrepentida: “Tienes razón, hijo mío, tienes razón”. Y sin más, regresó a su trabajo.

Nunca más se volvió a escuchar una queja, por el contrario, a una ayudante, que fuera a participar de tan pesada tarea y a ayudarla, cuando se desesperaba, por el aumento extraordinario de trabajo, le acostumbraba decir al verla impaciente: “Vamos, vamos, sé más resignada. ¿Qué podemos hacer? Son niños, y los niños siempre son así...”

¿Habría previsto, el santo hijo, cuando parecía contar que el papel de Mamá Margarita no estaba acabado, qué por ocho años tuvo que llevar esa vida tan sacrificada? Ciertamente que sí, porque cuando señaló a Cristo, le quería decir que era necesario dar más y ella todavía tenía mucha energía para hacerlo.

Y la gastó toda por sus rapaces. ¿Puede haber amor más heroico? Jesús dice que no lo hay.

Una luz que se apaga

La belleza de un conjunto

Las grandes dedicaciones no se explican sino con un gran caudal de virtudes que las sustentan. El Apóstol, al hablarnos de la caridad, dice que es paciente, que es

humilde, que es fuerte, que no es envidiosa, no es presuntuosa. Quiere decir que encierra todas las virtudes y es reina de todas.

Si quisiéramos descubrir la suma de las bellezas morales encerradas en el alma de elección de Mamá Margarita, no acabaríamos nunca. Su caridad las encierra todas.

Siempre pobre

Arrancada de su vida frugal en el campo, de la convivencia con los sencillos campesinos, Margarita, aunque en casa de un sacerdote, estaba en la ciudad, pero se mantenía voluntariamente como una mujer sin pretensiones, amiga de la sencillez y de la pobreza. El espíritu cristiano no tiene modas, porque Dios nunca cambia, pero si tienen el brillo que los torna agradable y aceptado en todas partes, sin necesitar de maquillaje, de fingimiento ni de pinturas. El maquillaje, las pinturas, los fingimientos son usados por los que tienen una fealdad que ocultar. Ninguna belleza supera a la que Dios dio a sus criaturas y nada encanta más que la virtud. Basta esta para irradiar en el rostro, en las maneras, en el porte de una persona, lo mejor de ella, su

amabilidad. No sienten ese los analfabetos del espíritu, los pobres hijos de este mundo engañoso. Al contacto con la bondad, quedan subyugados por ella, sin entender el porqué ni el cómo.

Era frecuente que la campesina fuera visitada por los nobles, que eran benefactores del Oratorio. Eran pocos los que, de visita a Don Bosco, no tocaran la puerta del cuartito de su madre, para saludarla, para verla unos instantes. Su conversación era agradable y brillante, llena de aquella sabiduría popular que encierra la suma de la experiencia de los siglos.

En muchas de las personas sinceras y piadosas de nuestros medios humildes, descubrimos almas predilectas con aquel Espíritu, que revela Su sabiduría a los pequeños. Nos parece que el contacto con ellas (feliz aquel que las sabe apreciar) nos muestra a Dios más próximo de la tierra y de nosotros.

Mamá Margarita, siempre delicada, retribuía después las visitas. Subía las escaleras de los palacios con su traje característico de campesina, donde era recibida con fiestas y alegría. A quien le aconsejaba vestir más ricamente, le respondía: “¿Para qué? Los ricos saben

que soy pobre y no les importa... lo que agrada es la limpieza, el gusto en el aseo y la sencillez”.

En esto siempre fue impecable, lo mismo en los remiendos, que no quedaban mal en esos vestidos, eso sí, sin una mancha.

El hijo, más de una vez, le rogó y le dio para que se comprara ropa nueva. Una ocasión se disculpaba con Don Bosco así: -“¿Cómo puedo comprarme un vestido, si no tenemos nada?

-“¡oh! Respondió el hijo, dejaremos de comprar vino, dejaremos el segundo plato y comeremos sólo sopa, pero quiero que vistas mejor.

-Siendo así, hágase como quieres.

Y Don Bosco le dio el dinero. Pasaron quince, veinte días, un mes, y el vestido nuevo no aparecía.

-“Entonces, ¿cuándo la veré más bonita?

-“¿Cuándo? Tuve que gastar el dinero en otras cosas.

La buena madre, viendo a un pequeño descalzo, otro que necesitaba ropa, un tercero sin corbata, no dudó un instante en proveerles a ellos antes que comprarse para sí.

Don Bosco aceptó lo que pasaba y le

volvió a dar dinero, que llevó el mismo camino: la caridad.

Cuando Don Bosco, halló conveniente mejorar la alimentación, Mamá Margarita mantuvo su régimen de siempre: “Los pobres ni esto pueden tener, por lo tanto, yo me considero feliz y rica”.

Visitada por un Obispo que le ofreció un poco de rapé, no aceptó y se disculpó: “Gracias, pero no puedo, tal vez me hiciera bien, pero no puedo tomar hábitos que no puedo mantener, tengo que pensar en comprar ropa, ropa sin fin para mis pequeños”... y no quiso aceptar la cajita de plata, llena de rapé, que el prelado le ofrecía.

Gratitud

En aquellos primeros tiempos no existía en el Oratorio la sala de visitas. Todos los que iban a visitar a Don Bosco lo sabían, entonces buscaban la salita de su madre. Preferían esperar allí el tiempo para la audiencia con Don Bosco. Experimentan gran gusto, pues los trataba muy bien. Recibía con igual respeto y cariño al conde, al banquero, o al simple operario o jornalero, pues todos se mostraban amigos de la obra. A

todos los consideraba Ángeles de la Providencia, su gratitud era vivísima y delicada, los llenaba de finezas que los cautivaban.

Para ellos guardaba las primicias que llegaban de la aldea o alguna ave de caza que le mandaba su hijo José. Para todos tenía un aromático café ofrecido con tanta amabilidad y con tanta delicada insistencia, que nadie rehusaba. Pero, sobre todo, mantenía la promesa de oraciones pidiendo por su salud, prosperidad y recompensa por todo lo que hacían por esa casa.

Decía Francisco de Sales que las obras buenas son flores de la caridad y su perfume es la gratitud- una flor sin perfume no es apreciada. Toda el alma que no es agradecida vale poco.

oración

el espíritu tiene como alas a la oración. Cuanto más elevado y próximo del mundo celeste, despojado de lo que es terreno y perecedero, tanto más se alimenta del néctar que lo hace vivir del Espíritu Purísimo, Dios. Y ese néctar es el rezo.

Mamá Margarita parecía vivir de esto: rezaba siempre. Además de hacer su trabajo como una alabanza perpetua al Altísimo, porque nada más se preocupaba de actuar en Él, con Él y por Él, cuando estaba sola, sus labios pronunciaban incesantes y fervorosas oraciones.

Fue sorprendida muchas veces en esta salmodia piadosa. Mientras las manos remendaban, aseaban, iba repitiendo: “Padre nuestro, Avemaría, Gloria al Padre...” además de muchas otras jaculatorias... daba así a los pequeños ese ejemplo de espíritu cristiano, que todo santifica, desde los trabajos más humildes. A veces pidiendo algún favor, o dando alguna orden, inadvertidamente retomaba el hilo de su rezo: “Tráeme ese vaso...perdona nuestras ofensas...Levanta ese paño... Santo Ángel del Señor...”

Cuando estaba sola, rezaba en voz alta, alguno de los clérigos, con gracia e intencionalmente, le preguntó desde un cuarto próximo: “¿Madrecita, con quién te estás peleando? La buena viejita se calló, temiendo ser descubierta, pero el taimado llamó más fuerte y abrió la puerta, repitiendo la pregunta...Margarita, disculpándose: “No me enojaba, hijo

mío. Estaba rezando por nuestros niños y por los benefactores”.

El Rosario era la devoción preferida de Mamá Margarita. En los grandes paseos con los alumnos, en los que ella a veces participaba, era muy tierno oírle dirigir el Rosario, al cual respondían en coro sus rapaces. Practicaba el consejo del Maestro: “rezad siempre” y apreciaba verlo en los demás. A su mirada experta, no escapó el valor de aquel alumno angélico, Domingo Savio. Una vez le dijo a su hijo: “Hay en el Oratorio muchos jóvenes modelos, pero uno, entre ellos, debe ser un alma de elección, me refiero a Domingo, reza como ninguno”. Apreciaba la oración porque conocía su valor y su fuerza. Aconsejaba a los jóvenes que rezaran para mejorar, para corregirse de sus defectos, o para obtener la conversión de las almas.

Aconsejaba a su hijo sacerdote, cuando estaba en apuros por la construcción de una iglesia, y necesitaba grandes sumas de dinero: “Vamos a rezar y la oración va a obtener todo”. Trazaba así a los Salesianos el programa de su ascética: “El trabajo santificado – la santidad en el trabajo – el trabajo y la oración-

Generosidad

A una mujer así, podía Don Bosco entregar su casa con toda confianza. Nada la atemorizaba, guiada por un verdadero tino pedagógico, por un corazón lleno de Dios, amada y estimada por los benefactores y por todos, ella era lo que mejor podía encontrar el grande fundador, para que fuera su brazo derecho en los principios de su misión.

En ella, podemos ver personificado el educador modelo de los oratorios. En esos primeros años, Don Bosco pasaba gran parte de su tiempo fuera de casa: en las prisiones, hospicios, hospitales, además de que frecuentemente le pedían predicaciones. Sólo quien conociera la vigilancia de Mamá Margarita, podía explicarse las salidas del santo con tanto movimiento de jóvenes.

Es que la acción sensata, incansable de Mamá Margarita bien suplía su ausencia. No había dificultades que no resolviera. Al llegar Don Bosco, al verlo alegre, le refería sin comentarios lo que había pasado y siempre esperaba que descansara y estuviera bien dispuesto. Y después de que daba con sencillez sus cuentas, se retiraba a su lugar de costumbre.

Su dedicación se unía a un corazón generoso. Su dedicación era extrema, lo demostró especialmente cuando se desmoronaron tres pisos del edificio que se estaba construyendo. Fue ella quien previó el desastre, fue en la noche y se dirigió a socorrer a los alumnos, apoyando a todo el personal y quedando sin descansar hasta que vio salvos y sosegados a todos en sus colchones, poyados por sus cantos. La misma solicitud prudente mostró siempre en defender la vida de su hijo, amenazada por facinerosos pagados por las sectas protestantes.

Sin embargo, cuando las necesidades de su ministerio reclamaban la presencia y la ayuda de Don Bosco, aun para arriesgadas misiones, ella, que tantos desvelos tenía para su salud, era la primera en apoyar a su hijo para que se mantuviera en su papel de padre, aun a costa de su propia vida.

Fue en esa época que hubo una epidemia, en el Oratorio se organizó un ejército de enfermeros, para acudir a los enfermos de los lazaretos y a sus casas particulares. Margarita dirigió ese bello apostolado y se encargó de todo, no quedó en la casa ni un lienzo ni un

cobertor de más, dio toda su ropa personal, quitó los manteles de la cocina y con permiso de su hijo, llegó a distribuir amitos y paños de altar.

No admira que, a su muerte, no se encontrara para componer su cámara ardiente, nada más un único vestido de los domingos, ; fue edificante la pobreza en que se encontró su cuarto: una cama con la ropa más modesta, un armario vacío, una silla, la mesa en la que dominaba una estampa de la Virgen, iluminada por una lámpara y un ramo de flores y nada más.

En sus bolsillos había la cantidad de doce escudos que recibiera de su hijo un mes antes, para comprarse un regalito que jamás se atrevió a adquirir. Tal vea presintiese que ya no sería necesario o conservaba el dinero para acudir a alguna necesidad de sus protegidos.

Como las estrellas...

En 1856, Don Bosco ya no estaba solo, algunos rapaces formados por él, ya cursaban en las escuelas públicas secundarias, otros el curso filosófico del Seminario y algunos de ellos ingresaron en la Universidad. Un sacerdote ya se

había enlistado en la Congregación Salesiana que, aunque oficialmente no existiera, tenía toda la vida y el espíritu de una comunidad. Contaba con una docena de voluntarios, el número de los alumnos internos había subido a 150.

De la antigua morada que existía en los principios de la Obra, se desprendía un grande edificio en el terreno baldío. Era la ciudad de los niños en pleno desarrollo. Los benefactores se alegraban al ver tan bien utilizadas su ayuda, los niños protegidos tenían casa, educación, trabajo, cariño, tenían un futuro.

Cuando el sol nace, las estrellas desaparecen al haber cumplido su misión e iluminar la noche. Sin embargo, su paso no queda olvidado por quienes se beneficiaron con su luz. Por ellas, las tinieblas asustaron menos, el camino fue más fácil de encontrar.

Margarita tuvo esa misión, la misión de las estrellas. La previsión de su desenlace llenó de tristeza a toda la gente, dentro y fuera del oratorio. Trabajó hasta el fin, cayó exhausta y una neumonía vino a arrebatarla. Presintió la hora de la llamada, viendo a su hijo al pie de su cama, así le habló: “Don Bosco,

Llegó el tiempo de partir y dejar en manos de otros los intereses del Oratorio. Esto va a llevarte a un cambio de cosas muy brusco. Nuestra Señora no te faltará nunca. Muestra confianza en tus auxiliares, pero sólo en aquello que vieras conforme a la gloria de Dios. Ten cuidado, porque algunos sólo se procuran a sí mismos y sus comodidades.

“Guarda del lujo a tus obras. Que la pobreza sea la base de todo. Algunos procuran y exigen pobreza de los otros pero no la consienten en su vida. Hagámoslo nosotros antes de pedirlo a los demás. Si practicamos la pobreza, haremos mucho bien.

Y después, profetizando: “Tú trabajas ahora sin saber el alcance de la Obra. Sabrás todo cuando la Madre del Cielo te lo diga...”

Y más tarde, a la hora de recibir los últimos Sacramentos: “Hubo un tiempo en que tu madre te preparaba y auxiliaba a recibir los Sacramentos. Ahora es tu vez, ayúdame a preparar mi alma para su encuentro con Dios. Reza fuerte para que al menos yo pueda seguirte con el corazón, pues me cuesta mucho pronunciar las palabras”.

Quiso quedarse a solas con su hijo José, a quien agradeció los desvelos, le agradeció la educación que le estaba dando a sus hijos, le recomendó que respetase la vocación de cada uno y después: “Continúa protegiendo al Oratorio, auxilia esta obra cuanto puedas. Nuestra Señora, en compensación te dará bendiciones y días de gran felicidad”.

En la noche, la muerte se aproximaba. Alrededor de la cama, velaban los dos hijos. Don Bosco parecía abrumado por el dolor. Encerraba también en su corazón el dolor de todos los rapaces que, desde el primer día de la enfermedad, habían perdido la locuacidad y la buena disposición, el Oratorio parecía un cementerio.

Mamá Margarita sentía que la vida se iba... abrió los ojos y viendo a Don Bosco, y leyendo con una lucidez perfecta lo que le pasaba, le dice: “Mi querido Padre Juan, recuerda que la vida es sufrimiento, sólo en el Cielo gozaremos... sabes que yo te he querido mucho, pero consuélate, porque continuaré amándote en la eternidad. Siento la conciencia tranquila porque cumplí con mi deber. Tal vez parezca que

he actuado con rigor en alguna cosa, pero no, era el deber que me lo imponía... dile a nuestros queridos hijos que trabajé siempre por ellos, que los amo mucho, los amo como madre... diles que recen por mí... y ahora, mi buen Juan vete a tu cuarto”.

Don Bosco se resistía a la orden, queriendo a la fuerza velar junto a ella hasta el final. Mamá Margarita cerró los ojos y así estuvo mucho tiempo. Cuando los volvió a abrir y vio a su Padre: “Tú no puedes con estos sufrimientos”.

Don Bosco, sollozó alto: “¡Madre mía, déjeme, le pido, no me aparte!”

Pasó un tiempo largo. Mamá Margarita le miró, para que se aproximara y con esfuerzo, balbució: “Te suplico, es un favor y es el último, yo sufro doblemente al verte sufrir a ti. Estoy muy bien asistida, por caridad retírate. Ve a rezar por mí... adiós...”

Don Bosco no insistió más, se despidió llorando amargamente. A las tres horas de la madrugada, pasos rápidos se aproximaron a su cuarto, era su hermano José. Los dos quedaron sin pronunciar palabra. Se abrazaron llorando, llorando las lágrimas más amargas de su vida, las lágrimas de la orfandad.

El santo escribió el desahogo doloroso que le rompió el espíritu en ese día inolvidable, después de la misa, rezada por el alma de su madre, en la capilla subterránea dedicada a nuestra Señora del Consuelo.

-“¡Oh Virgen piadosa, -dejó escrito- mis queridos hijos y yo ya no tenemos madre en la tierra, sed vos, oh María, nuestra Madre!”.

Las campanas de la primera iglesia del Oratorio, después de la fiesta de la Trinidad, en ese 29 de noviembre de 1856, lloraron también como nunca habían llorado hasta entonces. Así como lloraban las campanas, lloraba toda la casa. En el funeral, hileras interminables de todos los niños, de muchas personas, benefactores y los beneficiados por Mamá Margarita, parecía más un triunfo que una romería de dolor.

Y su memoria no murió.

En todas partes donde el nombre de Don Bosco es bendecido, también es recordado y bendecido el nombre de la santa Madre, la primera cooperadora de las Obras Salesianas.

Aún hoy

Quien visita la Casa General de los Salesianos, aún hoy encuentra, bajo los antiguos arcos, la sonrisa de esta gran mujer, sonrisa maternal, escupida en mármol. ¡Cuánta gente se descubre delante de la bondadosa figura, cuántos niños le tiran besos como a una persona amiga!

Un Cardenal la ponía como maestra ante las madres católicas de su diócesis.

El Santo Padre Pío XII, tal como lo hiciera su predecesor, la propuso como modelo de educadora cristiana.

En alguna parte surgió una linda iniciativa: la casa hospicio para las madres y hermanas ancianas de los sacerdotes difuntos. Por voto unánime, esta obra recibió un nombre, que fue escrito en grandes caracteres en el frente de esas mansiones de las humildes obreras que al lado de nuestros sacerdotes se sacrificaron por amor a Cristo, con sus sueños más legítimos, los años más bellos de su vida. El nombre unánimemente escogido para designar tan magna obra fue la de la humilde campesina de los Becchi:

“Mamá Margarita”.

**¡Para que su nombre sea un programa,
su ejemplo un estímulo.
Su alma, una protección!**

¡Ave, María!



|